

¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista¹

VICTOR BRETON SOLO DE ZALDIVAR *

RESUMEN: En este trabajo se repasan algunas de las principales conceptualizaciones que los "estudios campesinos" han elaborado sobre el mundo rural y se señalan las limitaciones del propio concepto del papel y las expectativas que la agricultura familiar tiene dentro del capitalismo avanzado. Se hace hincapié en los factores causales de su pervivencia y de las estrategias adaptativas desarrolladas por las unidades de producción domésticas.

Palabras clave: agricultura familiar, estrategias adaptativas, campesinado, unidades de producción doméstica.

ABSTRACT: This work reviews some of the main conceptualizations which have been worked out by "peasant studies" over rural society. The restriction of the very concept of the role and the expectations which domestic agriculture has with in advanced capitalism are worked. It is made a special point of the casual factors of its *Survival* and of the adaptation strategies developed by domestic output units.

Key words: domestic agriculture, adaptation strategies, peasant economy, small-scale farming production.

¹ Este artículo constituye una versión resumida del primer capítulo de mi tesis doctoral, *Políticas agrarias y desarrollo capitalista en Lleida: La agricultura del Segrià desde la autarquía hasta la agroindustrialización (1940-1990)*, tesis que, dirigida por Jesús Contreras, fue leída en el Estudio General de Lleida (Universidad de Barcelona) en 1992.

* Profesor de Antropología Económica del Departamento de Geografía e Historia de la Universidad de Lleida, 25080 Lleida.

Es frecuente durante los últimos años la existencia de una cierta ambigüedad terminológica (¿confusión?) en muchos de los trabajos que han centrado su atención en el análisis de las transformaciones agrarias del mundo contemporáneo. Es como si los investigadores no lograran ponerse de acuerdo a la hora de definir conceptualmente a la pequeña explotación familiar; unidad de producción y de consumo que, tanto en los países más industrializados como en los periféricos, suele ubicarse en el centro de las reflexiones sobre la función del sector agrario en los procesos de crecimiento económico. *Campesinos, empresarios agrícolas, agricultores tradicionales* o, simplemente, *pequeños productores mercantiles*, son algunos de los calificativos con los que, a menudo de un modo impreciso y frívolo, suele aludirse a esa compleja y heterogénea realidad socioeconómica. La finalidad del presente artículo es en este sentido doble. Por una parte, intenta clasificar y ordenar temáticamente las diferentes teorizaciones elaboradas al respecto desde la óptica de las ciencias sociales. Pretende señalar, además, las virtudes y las limitaciones heurísticas de cada una de ellas, proponiendo las alternativas metodológicas que se consideran más válidas desde el punto de vista del análisis científico de los procesos históricos. Todo ello, naturalmente, con la intención manifiesta de que el resultado final pueda constituir un documento de trabajo: una herramienta útil a todos aquellos interesados en la investigación empírica en torno a esa pequeña producción familiar y que, por encima de todo, sirva como estimulante de un diálogo y una reflexión pluridisciplinar capaz de cuestionar y renovar algunos de los viejos esquemas interpretativos.

Con este objetivo, se ha estructurado el texto en dos apartados. En el primero se propone la revisión crítica de las principales conceptualizaciones que los denominados "estudios campesinos" han elaborado sobre el mundo rural, a la vez que se señalan las limitaciones del propio concepto de *campesinado* como categoría teórica y se propone su sustitución por el de *agricultura familiar*, unidad de análisis más válida a nuestro juicio desde una perspectiva procesual. La segunda parte, a continuación, se ocupa del papel y las expectativas de esa agricultura familiar dentro del capitalismo avanzado. Este apartado pretende, en primer lugar, desechar del análisis histórico distinciones del tipo *agricultura tradicional* o *campesina* frente a *agricultura moderna* o *empresarial*, dicotomías que distorsionan la realidad en la medida en que magnifican las diferencias entre unas *formas de organización de la producción* que forman parte, sin solución de continuidad, de un mismo proceso de desarrollo. Se insiste también, en segundo lugar, en que las causas de la pervivencia de la agricultura familiar en contextos altamente industrializados deben buscarse tanto en la incidencia de determinadas políticas proteccionistas, como en el amplio abanico de *estrategias* adaptativas desarrolladas por las mismas unidades de producción domésticas de cara a garantizar su reproducción como tales.

1. EL CAMPESINADO VISTO POR LAS CIENCIAS SOCIALES

Una simple ojeada a la génesis y evolución del interés mostrado por los científicos sociales hacia el campesinado pone de manifiesto, de entrada, que aquél estuvo siempre

históricamente relacionado con la particular coyuntura por la que atravesaba el capitalismo mundial y con el rol que dentro de ese sistema económico se otorgaba al mundo agrario. A finales del siglo XIX y principios del actual, la consolidación del capitalismo monopolista y la crisis finisecular colocaron a la agricultura europea frente a una encrucijada difícil. Algunos autores (Kautsky, Lenin) vieron entonces en la crisis el *principio del fin* del campesinado como segmento predominante y definidor de las estructuras agrarias. Para otros, en cambio, la *resistencia* que la propia *racionalidad* de las unidades de explotación domésticas oponían a la expansión del capitalismo, obligaba a considerar a éstas como un agente de primer orden en la planificación de la modernización del sector (Chayanov). El interés por la agricultura campesina en el marco de las nuevas relaciones de producción capitalistas llevó a muchos a intentar teorizar sobre el tema, proceso de reflexión que produjo, en unas pocas décadas, la mayor parte de las herramientas conceptuales y analíticas que todavía hoy son utilizadas en el ámbito de los estudios agrarios ².

Tras la Segunda Guerra Mundial, y después de un largo paréntesis en el cual los agricultores habían desaparecido terminológicamente hablando de los programas de investigación ³, la descolonización y el redescubrimiento paralelo del potencial de las denominadas "sociedades campesinas" como impulsoras del crecimiento, evidenciaron de nuevo la importancia de su análisis pormenorizado. De ahí la relevancia otorgada al campesinado –y a la agricultura en general– como objeto de estudio y de reflexión, relevancia que se materializó en una verdadera eclosión de monografías, publicaciones y debates. Una de las peculiaridades más sobresalientes de esta *nueva tradición* de estudios rurales ⁴ es su reconocido talante interdisciplinario. Si bien la aportación inicial provino fundamentalmente de la antropología, más adelante se fueron incorporando trabajos de

² No en vano las grandes discusiones teóricas continúan planteándose en términos tan clásicos como "chayanovistas" versus "anti-chayanovistas", "campesinistas" versus "descampesinistas", etc. (Feder 1977-1978, Lehmann 1986). Algunos autores llegan más lejos, sugiriendo la existencia de vínculos entre la ideología subyacente a los movimientos alternativos que se rebelan en la actualidad contra el enorme consumo de recursos limitados y no renovables, y algunas elaboraciones teóricas de aquél tiempo. Así, por ejemplo, el neopopulismo de Chayanov, en la medida en que pretendía "abstraer de la organización social, económica y política del campesinado una forma de explotación de los recursos naturales que permita extender al conjunto de la economía y la sociedad un sistema de valores en el que el proceso técnico y económico esté subordinado al progreso social y moral", se adecuaría, a grandes rasgos, "a lo que hoy se conoce como Agricultura Ecológica" (Sevilla 1990, 235).

³ Cf. Shanin (1979a, 46). Entre los años treinta y cuarenta, el proceso de industrialización acelerada, la proliferación de las diversas formas de nacionalismo militante y, especialmente, la ola de represión existente en la época, hicieron desaparecer bruscamente de las ciencias sociales a los campesinos como objeto de estudio de interés. Se generalizaron durante ese período, por contra, los planteamientos etnocéntricos en la conceptualización del mundo rural, planteamientos generados a partir de una concepción evolucionista-lineal de la historia y que reservaban al campesinado el papel de *figura pasiva* del desarrollo económico.

⁴ La expresión es de Sevilla-Guzmán (1983), quien la utiliza para contraponerla y distinguirla de la *vieja tradición* ubicada en las décadas del cambio de siglo.

sociólogos, economistas, historiadores y, en general, de todo tipo de científicos sociales, lo que ha generado un fenómeno relativamente atípico en el panorama intelectual contemporáneo (Sevilla, E. y J.L. 1983, 38).

Dentro de esta gran tradición es posible establecer, siguiendo a T. Shanin (1976, 14), una primera división entre los autores defensores de la *especificidad* del campesinado, bien sea en base a parámetros exclusivamente culturales (cultura "tradicional" o rural frente a cultura "moderna" o urbano-industrial) como en términos de categoría económica (recogiendo y desarrollando los planteamientos esbozados por Chayanov) y aquellos otros, ciertamente heterogéneos, que bajo ese epíteto engloban una gran pluralidad de realidades históricas que tienen como elemento común su cualidad de segmento social subordinado a otros grupos sociales no campesinos. Unas perspectivas que será preciso examinar, a fin de comprender y ubicar adecuadamente a la pequeña producción familiar en el proceso de desarrollo y consolidación del capitalismo agrario.

1.1. La especificidad del campesinado como categoría teórica: entre la "cultura tradicional" y la noción de "economía campesina"

Desde un punto de vista retrospectivo, puede situarse en Kroeber (1948) el inicio de una línea de pensamiento empeñada en definir la especificidad del campesinado en términos culturales, a partir de un conjunto de valores y percepciones teóricamente universales. Las elaboraciones de autores como Redfield (1950, 1953, 1989), Foster (1974, 1980), Banfield (1958), o Rogers y Svenning (1979), herederas fieles de los planteamientos pioneros de Kroeber, coincidían así en su conceptualización de una *subcultura campesina* en la que las relaciones económicas aparecían como una faceta más (y en ocasiones secundaria) de una peculiar unidad cultural que giraba alrededor de las relaciones de parentesco. Estos enfoques ofrecían una visión de las sociedades rurales "tradicionales" como si de realidades aisladas, autárquicas y cerradas se tratase. La tecnología secular, la pervivencia de costumbres ancestrales, la endogamia, la autosuficiencia social y el estado de equilibrio respecto a las características del medio geográfico, serían algunos de sus rasgos definidores. Semejantes teorías tenían sentido en la medida en que constituían el primer paso de un proyecto mucho más ambicioso de marcado carácter práctico: el de diseñar pautas de *modernización* del mundo agrario, un mundo al que se consideraba, implícitamente, como retardador del *desarrollo* impulsado por la cultura urbana⁵. El proceso de *modernización* supondría, desde esta perspectiva, la apertura al mundo "exterior", la pérdida de la autonomía, la *aculturación* por parte del sistema de valores propio del mundo urbano y, por fin, la liquidación de las propias formas de vida tradicional.

Frente a los abusos derivados de este tipo de teorías⁶, la escuela de Julian Steward reaccionó duramente. Investigadores como Sidney Mintz (1973), Eric Wolf (1982), Angel Palerm (1980) o Teodor Shanin (1976, 1979a, 1979b), entre otros muchos, incidieron en la consideración de la comunidad campesina como parte de una sociedad mayor interconectada, en la que el cambio se determina por factores tecnológicos y

económicos de la estructura global. Lo relevante no será ya la caracterización del campesinado a través de su cultura, sino la consideración de su economía como determinante de aquélla.

El énfasis puesto a partir de entonces en la importancia de las variables infraestructurales, unido al tardío redescubrimiento en los años sesenta de la obra de A.V. Chayanov⁷, condujo sin embargo a poner de nuevo en la palestra el tema de la especificidad del campesinado, aunque esta vez desde una óptica estrictamente económica. Fue Daniel Thorner (1979) quien llevó en 1962 esa especificidad hasta sus últimas consecuencias, al definir el término *economía campesina* como un *modo de producción* claramente diferenciado de los históricamente identificados. Desde el momento en que se constata empíricamente el predominio de unas formas de producción campesinas en el marco de modos de producción diferentes, queda sobradamente justificada para Thorner como una herramienta analítica útil su conceptualización como un modo de producción articulado –y subordinado– a otros dominantes.

⁵ A partir de los años cincuenta, la antropología norteamericana comenzó a interesarse por las sociedades campesinas de América Latina y de los países de Europa meridional. Además del de Banfield (1958) sobre el Mediodía italiano, cabe destacar dentro de esta segunda línea aquellos trabajos presuntamente científicos que, realizados en España por autores estadounidenses (Aceves 1973, Barrett 1984) y españoles (Esteve 1971, 1978), presentaban la imagen esencialista de una "cultura campesina tradicional" (individualista, familista, insolidaria, etc.) resistiéndose al proceso de modernización por el que estaba atravesando el país. Un aluvión de investigadores, adscritos en su mayor parte a la escuela de cultura y personalidad, se lanzó así a ambos lados del Atlántico a la verificación sobre el terreno de una serie de modelos explicativos previamente elaborados y cuyos presupuestos partían de la *teoría de la modernización* y de la *antropología aplicada*. La función implícita de esos estudios era -como ha señalado C. Feixa para el caso italiano-, la de "atenuar las contradicciones sociales y servir a una finalidad de control social, revestida con las hipótesis institucionales de la 'modernización' (que para muchos equivalía a 'americanización')" (1988, 22). Para una crítica contundente a estas aproximaciones, ver también Contreras (1984).

⁶ D. Comas y J. Contreras han puesto de manifiesto (1990, 16-17) cómo el modelo que se desprende de las consideraciones anteriores es absolutamente atemporal (se contraponen un "antes" no precisado frente al "ahora"); acontextualizado (no considera, o lo hace marginalmente, la articulación del mundo rural con la sociedad global en que se inserta); esencialista (se utilizan conceptos tan ideológicos, imprecisos y analíticamente estériles como "sociedad tradicional", "sociedad urbana" o "aculturación"); y teleológico (no se explica por qué se inicia el proceso modernizador).

⁷ En la década de los sesenta se difundieron en Occidente algunos de los trabajos de Chayanov (1985, 1987), un material ciertamente escaso en relación a la amplitud de su producción científica. Este conocimiento parcial del economista ruso ha generado incluso interpretaciones contrapuestas de su pensamiento (Harrison 1975 y 1977; Kerblay 1979; Lehmann 1980 y 1986; Shanin 1988). La rehabilitación de la figura de Chayanov en la antigua Unión Soviética está abriendo, estos últimos años, nuevas perspectivas de cara a la divulgación de un mayor porcentaje de su obra. Cabe destacar en este sentido la traducción al italiano de nuevos escritos que, bajo el título de *L'economia di Lavoro* ha realizado F. Sperotto (1988). Véase, para más información, la reseña de Sánchez de Puerta (1990, 243-248).

T. Shanin (1976, 1979a) y B. Galeski (1977), alineados junto a los defensores de la especificidad del campesinado como categoría económica, rechazan no obstante la noción de modo de producción para definirla. El hecho de que algunos aludan a un *modo de producción secundario* articulado con otro/s en el seno de una *formación social compleja*⁸, obliga a preguntarse por las ganancias y limitaciones heurísticas de una conceptualización semejante. A su modo de ver, un modo de producción como unidad de análisis que no comporte características tan esenciales de ese mismo concepto como el de la apropiación del excedente (que quedaría en manos de otro modo de producción *principal*), "lo que hace es forzar los términos hasta el punto de relegar completamente los descubrimientos analíticos más significativos". El término de *modo de producción campesino* posee, por ello, "demasiadas limitaciones como para que sea incluido o defendido" (Shanin 1979a, 36). Pese a ello, estos autores han sido siempre tenaces defensores de la viabilidad de la economía campesina como categoría teórica⁹; una categoría cuya unidad fundamental radicaría, a su juicio, en la explotación familiar, unidad caracterizada por un nivel de especialización relativamente bajo y por unas pautas de comportamiento económico orientadas hacia el autoconsumo y la explotación de la fuerza de trabajo familiar.

Aún reconociendo la importancia de los vínculos del campesino con la sociedad más amplia en que se inserta, estos enfoques minimizan, desde nuestro punto de vista, la influencia de esas relaciones en la configuración definitiva de la racionalidad económica. Aunque se contemple el papel desempeñado por los factores externos, insistir en la operatividad del concepto de economía campesina como categoría teórica implica que se priorizan los elementos internos a la hora de definir el campesinado. Si por el contrario se estimase que son las relaciones con el mundo exterior las que condicionan la organización de la producción campesina, sería prácticamente imposible la elaboración de un único modelo explicativo, pues dicha organización estaría sujeta a una casuística tan amplia como formaciones sociales existentes. Un campesino se explotará en función de las necesidades de consumo de la familia y, no lo olvidemos, de sus

⁸ Esta forma de abordar la cuestión del estatus teórico del campesinado deriva de la lectura de Marx propuesta por Althusser y sus discípulos, a partir de la cual "el lenguaje teórico condujo a una nueva definición del término 'formación social' y el súbito ascenso a la fama del término 'articulación', un recién llegado al debate marxista. La formación social vino a significar una sociedad específica (...), se ha definido como una articulación específica de los modos de producción, de los que uno juega el papel dominante" (Shanin 1979a, 33). Para una reflexión teórica sobre la acepción de todos esos conceptos por parte del marxismo estructural, ver Llobera (1980) y Díaz Polanco (1984, 60-72).

⁹ Ya que dicha categoría "ni se halla desprovista de fuerza ilustrativa, ni resulta irrelevante con respecto a las cuestiones fundamentales del mundo en que vivimos, ni tampoco es incoherente con su estructura lógica". El reconocimiento de la especificidad campesina implica, según Shanin, "una admisión de complejidad y grados de ambivalencia y un intento de resolver el problema a un nivel teórico. Se trata, en esencia, no de una respuesta, sino de una presunción que ayuda a obtener nuevas respuestas" (Shanin 1979a, 50 y 51).

obligaciones para con quienes detentan el poder político y económico¹⁰. El grado de intensidad del trabajo, la mayor o menor orientación de la explotación hacia el mercado y, en suma, la persecución de unos u otros objetivos económicos, variarán en consonancia con la naturaleza cambiante de las relaciones entre el sector campesino y los otros sectores de la sociedad. Las diferencias constatables, por ejemplo, entre la organización de la producción campesina en la Europa feudal (Hilton 1978) o en los lugares centrales del despotismo oriental (Wittfogel 1966) son explicables en función de las diferencias existentes entre las relaciones de producción prevalecientes en cada una de esas tres formaciones sociales. Coincidimos así con la idea expresada por P. Vilar (1980, 269) de que, en el fondo, el concepto de *economía campesina* es científicamente inadecuado.

1.2. El campesinado como segmento social: los límites del término "campesino"

Frente a una concepción del campesinado como una forma específica de organización de la producción, parece analíticamente más factible la postura de aquellos que lo consideran simplemente como un *segmento social* que, con características propias, puede abarcar a una o varias clases (Hilton, Wolf). Desde esta perspectiva, y a tenor de las consideraciones anteriores, carece de sentido plantear la necesidad de nuevas categorías teóricas (llámense cultura tradicional, modo de producción campesino, modalidad doméstica de la producción o economía campesina a secas), ya que se define al campesinado a partir de su condición de sector subordinado. En el fondo, señala Wolf, el término "denota una relación estructural asimétrica entre productores de excedentes y dirigentes" (1982, 20) y engloba, por lo tanto, posiciones variables dentro de las relaciones de producción e intercambio¹¹. Con todo, y a pesar de reconocer su extraordinaria heterogeneidad, muchos de los autores que al igual que Wolf defienden el carácter de segmento social subordinado del campesinado lo circunscriben exclusivamente a las formaciones pre-capitalistas y periféricas:

"...el campesino opera en un mercado restringido de factores y productos. Los factores de la producción –tierra, mano de obra y equipo– se hallan relativamente inmovilizados por vínculos y expectativas previos; los productos se venden en el mercado para producir un margen extra de entradas con las cuales se compran bienes que no se producen domésticamente. En contraste, el granjero entra plenamente en el mercado,

¹⁰ De ahí que uno de los problemas principales con que se enfrenta el campesino sea el de equilibrar la demanda del mundo exterior con la necesidad de aprovisionar la propia unidad de explotación. Para la resolución de este problema, señala E. Wolf, puede poner en práctica dos estrategias: aumentar la producción o reducir el consumo (Wolf 1982, 23-28).

¹¹ El Estado aparece así como una coalición de clases hegemónicas actuando sobre un campesinado heterogéneo, con la finalidad prioritaria de preservar sus particulares intereses y prerrogativas clasistas. Véanse sobre este particular las interesantes aportaciones empíricas que se presentan, circunscritas a los países dependientes, en el volumen colectivo editado por Morner y Svensson (1991).

somete su tierra y mano de obra a la competencia abierta, experimenta usos alternos para los factores de producción en la búsqueda de máximas ganancias, y favorece al producto más lucrativo sobre el que implica un riesgo más pequeño" (Wolf 1979, 10-11).

Se da por supuesto que los diferentes *campesinados* pueden ser así calificados por responder a una serie de características que, al parecer, no son compartidas por los agricultores plenamente capitalistas (los *granjeros* a que Wolf se refiere en el texto). El mínimo común denominador de las sociedades campesinas constaría, en términos generales, de tres factores imprescindibles: la explotación agraria familiar, que constituye al mismo tiempo la unidad esencial de acción social y de la vida económica; la aldea, marco donde operan las explotaciones domésticas y donde se desarrollan las relaciones sociales; y los vínculos con el mundo exterior. Son elementos fundamentales en este último ámbito las plazas de mercado, a través de las cuales los agricultores obtienen artículos y servicios no producidos por ellos (Wolf 1982, 54), y las redes de dominación por parte de otros sectores sociales, redes que otorgan a la sociedad campesina "un carácter de sociedad 'sometida política y económicamente a una explotación por parte de personas ajenas a ella', que se apropian de una plusvalía campesina a través de diversas formas de extracción del excedente productivo" (Moyano y Sevilla 1978, 263)¹². El término *agricultura campesina* implicaría, por último, una pauta común de cambio económico y social: el paso gradual de una célula ideal –la unidad de producción doméstica–, "de un carácter prácticamente cerrado de producción y consumo, con atributos de autorreproducción, a la forma de un taller productor, plenamente ligado al mundo exterior por su producción, consumo, fuerza de trabajo y experiencia" (Wyczanski y Topolski 1983, 8).

Las diferencias observables en los resultados de esos procesos de cambio –los diversos *campesinados* actualmente existentes–, tienen su origen en las direcciones divergentes que ha tomado la evolución económica de cada una de las formaciones sociales en que se inscriben. El cambio de aquellos sectores campesinos insertos en estructuras en proceso de industrialización y expansión, se ha canalizado hacia la conversión de la explotación familiar en una *empresa*. Surge entonces la *mentalidad mercantil*, transformándose el campesino en un *empresario agrícola*. En los casos de comunidades ubicadas en contextos coloniales o neocoloniales, a su vez, la artesanía y el comercio local son destruidos por los productos industriales más baratos, los ingresos salariales se limitan, las explotaciones se fragmentan y, por fin, la tierra se erosiona por su uso excesivo. Como resultado se articula "un círculo vicioso de pobreza y estancamiento de los recursos, desintegrándose la vida campesina comunal: 'la aldea se convierte en un suburbio agrícola y el campesino se empobrece'" (Moyano y Sevilla 1978, 268).

Estas consideraciones, derivadas de la conceptualización del *campesinado* como un segmento social, ponen de manifiesto sin embargo los límites del propio concepto a la

¹² "Formas de extracción del excedente" que irían desde la titularidad de los predios hasta la política fiscal y de precios, pasando por las distintas formas de tenencia de la tierra.

hora de explicar esos procesos de cambio. El concepto de *campesino* es inviable desde el punto de vista del análisis histórico por remitirnos, exclusivamente, a una realidad pre-capitalista o ubicada en la periferia del capitalismo¹³. Las teorizaciones sobre el *campesinado* se revelan incapaces de dar cuenta de cómo las relaciones de producción capitalistas se apropian de las *formas de producción campesinas* y relegan a éstas a nuevas posiciones de subordinación. Pensamos, con Pérez Yruela y Sevilla-Guzmán, que el problema estriba fundamentalmente en que mientras el soporte de la agricultura campesina –la agricultura familiar¹⁴– ha experimentado unas intensísimas mutaciones, la noción de campesinado, sin embargo, prácticamente no se ha modificado. Por ello,

"...en la actualidad no puede hablarse de la agricultura familiar a través de la noción tradicional de campesinado, sino en todo caso hablar de agriculturas familiares según la intensidad y dirección de los procesos de cambio ocurridos en cada una de ellas. Y en ocasiones habrá que deshechar la noción de campesinado para analizarlas, ya que su evolución real las ha sacado fuera del marco que tal concepto delimita. Esto es especialmente válido en las economías desarrolladas (orientales y occidentales) y puede que sea parcialmente válido en determinadas áreas tercermundistas de influencia más directa de los países industrializados" (Pérez Yruela y Sevilla 1985, 82).

A la vez que la racionalidad capitalista se introduce en la agricultura familiar y sustituye a otras de signo más o menos chayanovista, el calificativo de *campesino* se muestra analíticamente obsoleto y no viable. Así llegamos a una situación en la cual 'campesino' evoca sometimiento y marginación, mientras que términos alternativos como el de *agricultura familiar* hacen referencia a una actividad profesional no necesariamente impregnada de los problemas anteriores y aplicable, además, a cualquier período de la historia humana. Cabe destacar en este sentido la aportación de Harriet Friedmann quien, hace ya algunos años (1980), abordó parcialmente esta cuestión al distinguir conceptualmente entre dos tipos de agricultura familiar. El primero, caracterizado por la importancia del autoconsumo –y, por lo tanto, al margen o alejada de la economía de mercado–, se asimilaría a la acepción tradicional de campesinado. El segundo, en

¹³ Las necesidades del crecimiento industrial de los países desarrollados han dividido el sistema económico mundial en dos áreas, una central y otra periférica. La expansión a nivel planetario del capitalismo ha distorsionado históricamente, a través de la expansión colonial e imperialista, el desarrollo económico de esta última (Cf. Rivera 1982). La permanencia en ese contexto de formas de producción *campesinas* (en el sentido definido por E. Wolf) constituye "una forma de 'subdesarrollo', la cual es continuamente reproducida por la dominación política, económica e ideológica de la periferia por el centro" (Havens 1984, 10). Es frecuente ahí que tales unidades produzcan bienes de consumo de bajo valor mercantil en cuya explotación no están interesados los consorcios agroindustriales y las grandes empresas agrícolas. De este modo, los *campesinos* persisten como tales en la periferia del capitalismo "solo en la medida en que las actividades económicas que permiten su reproducción social no sean transformadas por nuevas oleadas del proceso de acumulación de capital" (Llambí 1990, 236).

¹⁴ Entendiendo como *agricultura familiar* aquella en la que "imperan relaciones de trabajo basadas en el aporte de fuerza de trabajo de los miembros de un grupo doméstico o familiar, según criterios definidos culturalmente" (Llambí 1981, 128-129).

cambio, correspondería a una estructura plenamente integrada en formaciones sociales regidas por relaciones de mercado. Es el concepto de *forma de producción* el que, según Friedmann, permite explicar cómo el capitalismo irrumpe en la agricultura, modificando las relaciones de producción y, por ende, introduciendo a las unidades en una dinámica no unilineal. En la medida en que el carácter de las explotaciones depende del conjunto global de la economía, y en la medida en que este último puede evolucionar en direcciones distintas, no hay ninguna razón que permita pronosticar un solo rumbo universal en el desarrollo de la agricultura familiar. El concepto *forma de producción*, pues,

"...es entendido a través de la doble distinción entre la unidad de producción y la formación social. La formación social proporciona el contexto para la reproducción de las unidades de producción, y en combinación con la estructura interna de la unidad, determina sus condiciones de reproducción, descomposición o transformación. Esta doble distinción es incluso necesaria en caso de correspondencia entre las relaciones de producción a nivel de la unidad y a nivel del modo de producción. El modo de producción capitalista se caracteriza, así, por la circulación generalizada de bienes, especialmente fuerza de trabajo. Mercados de productos, fuerza de trabajo, crédito y medios de producción deben inundar de relaciones salariales a todas las unidades, a fin de que la reproducción de cada una sea plenamente capitalista en la forma" (Friedmann 1980, 160).

Desechando conceptos tan vagos como el de *campesinado*, podrán empezarse a resolver muchos de los problemas analíticos presentados en el estudio de la evolución histórica de la producción agraria familiar. En esta misma línea argumental, Ennew, Hirst y Tribe (1977) han señalado que el término *campesino* debiera ser remplazado por otros como el de *pequeña producción mercantil*, más propios de la economía política¹⁵. La *explotación familiar*, entendida como una unidad para la producción simple de mercancías articulada alrededor de la mano de obra doméstica como núcleo básico, permanente e indispensable del trabajo necesario en la misma, se convierte así por varias razones en una unidad de análisis mucho más razonable que la *explotación campesina*.

La noción de *agricultura campesina* tiene, en primer lugar, connotaciones de formación social pre-capitalista o ubicada en la periferia del capitalismo, ya que aparece habitualmente asociada a fórmulas pre-capitalistas de subordinación y extracción del excedente. Se corresponde, además, con lo que algunos economistas denominan "agricultura tradicional" y, por lo tanto, se refiere a la situación del sector primario en unas

¹⁵ *Producción simple mercantil* es un concepto que posibilita deducir las condiciones de reproducción, dentro del capitalismo, de las empresas agrarias y sus relaciones de clase. *Producción campesina*, en cambio, implica tradicionalmente "resistencia" a la mercantilización, y ha sido un concepto aislado con demasiada frecuencia de un análisis clasista. De un modo similar Harrison (1977), a partir de sus trabajos sobre las comunidades rurales rusas, ha concluido que las formaciones campesinas existen, no como categorías teóricas de la economía política, sino como específicas combinaciones históricas de estructuras. Consecuentemente, debemos pensar que trabajos como los de Chayanov y su escuela sobre el campesinado ruso marcan un avance importante en el estudio de *un tipo* de producción agraria dentro de *un tipo* de formación social concreto, cuya generalización a otros casos puede resultar más que controvertida (Friedmann 1980, 161).

fases muy determinadas del desarrollo del capitalismo¹⁶. La expresión *agricultura familiar* hace alusión, en cambio, a una forma de producción que no es ni específicamente feudal, ni específicamente capitalista. Se trata simplemente de un tipo peculiar de explotación que ha sido sucesivamente *apropiada y adaptada* por diferentes modos de producción. Permite abordar en su totalidad, por lo tanto, los cambios acaecidos en esa forma de producción a lo largo del proceso de penetración y consolidación del capitalismo en la agricultura. Contra los compartimentos-estanco del tipo *campesino* (estatus teórico del agricultor familiar pre-capitalista) frente a *empresario agrícola* (estatus propio del agricultor familiar capitalista), la evolución de la agricultura familiar como objeto de estudio se convierte así en una alternativa válida para salvar esa disyuntiva teórica. No en vano lo que une al campesino con el empresario agrícola es su condición común de agricultores familiares: el hecho innegable de compartir una forma de producción estructuralmente similar. Lo que les diferencia –y es una diferencia cuantitativa, no cualitativa–, es el grado de inserción de esa forma de producción dentro de la economía de mercado¹⁷.

2. LA AGRICULTURA FAMILIAR EN EL CAPITALISMO AVANZADO

De entre los investigadores interesados por el desarrollo del capitalismo en la agricultura es posible distinguir, siguiendo a E. Feder (1977 y 1978) a los "campesinistas", que resaltan la persistencia de diversas formas de agricultura familiar, de los "descampesinistas", que auguran su disolución a más o menos largo plazo¹⁸. Un lugar común

¹⁶ Más adelante comprobaremos que economistas como Johnston y Kilby (1980), Weitz y Applebaum (1982) o el propio premio nobel T.W. Schultz (1967, 1969), se refieren a la *agricultura tradicional* como a una estructura productiva propia de los primeros momentos del desarrollo económico. Se trata de un tipo de *economía natural* en la que "se utilizaba una energía renovable y unas materias primas que en su mayor parte se reproducían dentro del sector" (Naredo 1986, 458). Ese concepto de *economía natural* encuadrador del de *agricultura tradicional* procede de R. Luxemburg, para quien esa categoría aludía a dos características: la producción para consumo propio sobre la base de la no circulación de mercancías, y la sujeción de productores y medios de producción por la tradición y el derecho (R. Luxemburg 1978, 283-284).

¹⁷ Ver Domínguez (1992, 92-102). L. Llambí explica, refiriéndose a las semejanzas entre una explotación agraria familiar capitalista y otra *campesina*, cómo desde el momento en que tanto unas como otras aspiran a mejorar su nivel de vida y a evitar ser desahuciadas por las fuerzas del mercado, todas están guiadas por algún principio de *maximización*. El hecho de que persigan la reproducción simple o la reproducción extensa (a través de la acumulación de capital) depende de las formas de inserción en los circuitos económicos del capitalismo. Unas y otras se asemejan en su rol de pequeños productores agrícolas y en su subordinación política y económica; y se diferencian, a la vez, en su conocimiento y control desigual de los factores tecno-económicos y, sobre todo, en sus *finalidades* totalmente divergentes. (Ver Llambí 1981, 132-140; y 1988, 353-354).

¹⁸ A pesar de hablar en términos de "campesinistas" y "descampesinistas", nos estamos refiriendo a la agricultura familiar y no a la agricultura campesina que, en función de lo argumentado anteriormente, constituye una concreción histórica de la primera. El debate se centra, consecuentemente, en la viabilidad de las formas de producción familiares en el seno del sistema económico capitalista, y no en la mayor o menor capacidad de resistencia al cambio de las llamadas sociedades campesinas.

de los modelos teóricos elaborados por estos últimos suele ser la consideración del abandono creciente de zonas rurales, y el transvase de población a centros urbanos, como una de las consecuencias lógicas –e inevitables– del *proceso de modernización de estructuras* por el que atraviesan los países *en desarrollo* a lo largo de unas determinadas etapas de su crecimiento económico. De un modo más o menos explícito, esta forma de abordar el problema hunde sus raíces en los ya clásicos trabajos de Kautsky sobre la Europa Central y de Lenin sobre la evolución de la agricultura en Rusia, aproximaciones que contribuyeron a plantear importantes cuestiones metodológicas y teóricas acerca de ese gran cambio económico y social. Unas cuestiones que continúan, casi un siglo después, siendo objeto de debate ¹⁹.

En *La cuestión agraria* (1899), Kautsky planteó que la explotación familiar campesina era una *supervivencia feudal* dotada de una cierta especificidad en su forma de producir. Su capacidad de resistencia a la desaparición descansaba en dos de sus rasgos constitutivos fundamentales: la posibilidad de reducir el consumo y la de intensificar la explotación de la propia fuerza de trabajo. La agricultura familiar no solo no era el camino a través del cual se introduciría el desarrollo capitalista en el campo, sino que era absolutamente incompatible con ese desarrollo. Los avances de la técnica provocarían, en su opinión, la desaparición paulatina de las pequeñas unidades campesinas en aras de la formación de grandes empresas capitalistas: "¿Qué puede oponer –se preguntaba Kautsky– la pequeña explotación a las ventajas que ofrece la grande? Sólo una actividad mayor, cuidados más asiduos del trabajador, y la sobriedad del pequeño agricultor propietario, que supera a la del mismo operario asalariado" (1974, 116). Kautsky enfatizó, no obstante, el hecho de que elementos tales como la propiedad privada de la tierra (1974, 154), la voluntad política de mantener una fuerza social conservadora en el agro (1974, 173), o las exigencias de sistemas de cultivos más intensivos (1974, 157), contribuirían a retardar el proceso hacia la concentración. La supervivencia de la explotación familiar dependería, en última instancia, de las necesidades de fuerza de trabajo y excedentes por parte de los grandes propietarios. En una línea similar se ubican los análisis realizados por Lenin antes de 1905, cuyo punto de partida era el concepto de *descomposición del campesinado*. El desarrollo del capitalismo comporta

¹⁹ Tanto los razonamientos de Kautsky como los de Lenin partían de las reflexiones que Marx había desarrollado en el tercer volumen de *El Capital*, análisis que pronosticaban la liquidación de las formas familiares de organización de la producción. Conviene recordar que, a juicio de Marx, la lógica de la concentración capitalista pasaba por el establecimiento en la agricultura del tipo de relaciones asalariado-propietario características de otros sectores de la economía. En ese contexto, la clase terrateniente, estéril e improductiva en tanto que mera perceptora de renta, estaba condenada a reconvertirse en burguesía agraria empleadora de una mano de obra campesina cuyo único destino posible era la proletarianización. Siguiendo con esta argumentación, Engels consideró a la pequeña producción familiar como un mero *residuo histórico* llamado a desaparecer por la progresiva evolución social. Fue Kautsky, sin embargo, quien hizo el esfuerzo intelectual más sólido por desarrollar los razonamientos de Marx. Sobre la *cuestión agraria* abordada por el marxismo clásico, puede consultarse Pérez Touriño (1983 y 1985), Díaz Polanco (1984), Bartra (1985) y Amin y Vergopulos (1980).

para Lenin la desaparición de todas las formas de producción anteriores. De la descomposición progresiva del campesinado feudal europeo habría de generarse, en consecuencia, una burguesía rural (pequeña producción mercantil) y un proletariado rural. El proceso culminaría con la desaparición final de esos mismos productores mercantiles²⁰.

La vigencia relativa de los enfoques de Kautsky y de Lenin se refleja en el hecho de que, en fechas más o menos recientes, planteamientos similares han sido defendidos por diversos investigadores, tanto en relación a la agricultura de países económicamente desarrollados (Friedmann 1980, Newby 1986, Etxezarreta 1979), como a la de otros periféricos (Amin y Vergopoulos 1980, Flores 1977, Bartra 1985)²¹. Suele señalarse en estos trabajos que una de las consecuencias de la industrialización es el paulatino abandono (¿éxodo rural?) del sector primario. Ese abandono, que en un primer momento afecta tan sólo a obreros agrícolas, arrendatarios y aparceros, se extiende con posterioridad a los estratos más bajos del campesinado con tierras. La emigración de estos últimos no es, sin embargo, inmediata. Existe todo un abanico de *estrategias adaptativas*²² que son adoptadas con tal de intentar garantizar la pervivencia de la explotación. Abandono o resistencia y proletarianización son, empero, las dos grandes alternativas que se presentan a las unidades familiares en el marco del desarrollo del capitalismo²³.

²⁰ Ver Cavailles (1979). Tras los sucesos revolucionarios de 1905, Lenin dio la vuelta a sus razonamientos y teorizó la estabilización del campesinado propietario de la tierra como una vía posible de evolución de la agricultura en el capitalismo (Vergopoulos 1980, 89). Para explicar este cambio de posición hay que destacar las necesidades políticas del momento, que requerían de una alianza táctica con ese sector social. En el marco de las concreciones prácticas, no obstante, la postura del marxismo más clásico está en la base de la política de colectivización forzosa realizada en la URSS a partir de 1929 y en las políticas agrarias posteriores de los demás países socialistas.

²¹ J. Banaji (1990) ha puesto de manifiesto críticamente cómo las conclusiones de Kautsky han legitimado -y legitiman en algunas partes del llamado "Tercer Mundo"- políticas claramente *descampesinistas*. El análisis de Kautsky, añade Banaji, adolece de una concepción del capitalismo agrario excesivamente inspirada en el modelo prusiano, y no tiene en consideración que el trabajo asalariado puede darse en formas diferentes (no solo en forma de grandes unidades productivas). Lo peor del caso es la influencia de *La Cuestión Agraria* en el ámbito de la praxis política, donde ha contribuido decisivamente al rechazo tantas veces reiterado de opciones "agraristas" y de políticas concretas de protección al campesinado. La relevancia actual de las tesis kautskianas en el ámbito de las economías dependientes son ilustradas por el autor en el contexto de la India contemporánea, a través del análisis del conflicto desatado en ese país a raíz de la virulenta reacción de los propietarios/campesinos contra la autoafirmación emergente de los obreros agrícolas (Banaji 1990, 296-298).

²² Sobre el concepto de estrategia adaptativa entendido desde la óptica de la maximización de la supervivencia por parte de las explotaciones domésticas, véase el exhaustivo trabajo de R. Dominguez (1992).

²³ Es destacable, en otro orden de cosas, que la actitud de muchos autores haya ido variando desde posiciones abiertamente *descampesinistas* hacia otras totalmente opuestas y viceversa. De este modo, mientras que algunos investigadores como H. Mendras (1958) han pasado de defender la capacidad de supervivencia del campesinado en el seno del capitalismo a mantener justamente

2.1. Los campesinistas: de nuevo las tesis de la especificidad

A la vez que los *descampesinistas* enfatizan el carácter transitorio de la pequeña producción familiar, los *campesinistas* se han esforzado en remarcar su versatilidad adaptativa e, incluso, su pervivencia en términos de interés por parte del propio capitalismo²⁴. Ante la evidencia de que a finales del siglo XX existe un elevado porcentaje de explotaciones familiares en los países desarrollados, numerosos autores²⁵ han señalado la existencia de otras vías de inserción del sector primario en la economía de mercado alternativas a aquellas pronosticadas por Kautsky y Lenin. Otras tesis van más lejos todavía, al sugerir que la tendencia hacia la concentración se ha dado tan sólo en circunstancias excepcionales, siendo más frecuente en el presente siglo que el capitalismo se asiente sobre la persistencia de la pequeña explotación familiar (Amin y Vergopoulos 1980). Varios son los factores que, desde este punto de vista, se considera que han facilitado dicha persistencia. La superioridad técnica de las grandes explotaciones, en primer lugar, no es tan elevada como Kautsky suponía: las principales innovaciones tecnológicas han sido asumidas fácilmente por las unidades de producción domésticas (genética, abonos, etc.)²⁶. Los procesos del trabajo agrícola, además, no se prestan a la manufactura por estar regulados por los ciclos biológicos. Al ser su ejecución delicada, exigen gran parte de la mano de obra y dificultan en consecuencia la división del trabajo y la cooperación compleja. La estructura de propiedad y el precio elevado de la tierra, así como el interés político del Estado por articular un marco legal proteccionista, son otros tantos elementos que han contribuido a dificultar, como ya apuntara el mismo Kautsky, el proceso de concentración de las explotaciones.

Se considera, sin embargo, que lo más importante a tener en cuenta a la hora de analizar la pervivencia de la agricultura familiar es su *carácter no empresarial*. Debido a su condición de *pequeña producción mercantil*, puede afrontar con éxito –se supone– las crisis económicas y la competencia de las empresas mayores. Ello es posible porque

lo contrario tan sólo unos años después (Mendras 1970), otros han sufrido una evolución radicalmente opuesta. Tal es el caso de C. Servolin quien, tras prever el cercano fin de la agricultura familiar a mediados de los años sesenta (Gervais, Servolin y Weil 1965), pasó, en la década siguiente, a defender su rentabilidad económica e incluso su especificidad. La complejidad de la postura personal de algunos de estos autores no es más que un reflejo de la complejidad real del problema por ellos abordado: el de la viabilidad y futuro de la agricultura familiar en el seno del capitalismo avanzado.

²⁴ La selectividad con que ese modo de producción opera en la agricultura permitiría la existencia de ciertas formas de producción que contribuyen a reducir el costo de mantenimiento de la mano de obra en el sector capitalista de la economía (Meillassoux 1978, Vergopoulos 1978).

²⁵ De entre los que cabe destacar a Servolin (1979), Postel-Vinay (1979), Lebossé y Ouisse (1979), Evrard, Hassan y Viau (1977), Barthélémy (1977), Amin y Vergopoulos (1980), Pérez Touriño (1983, 1985) o Colino Sueiras (1985)

²⁶ Los avances en maquinaria –especialmente beneficiosos para las grandes explotaciones– resultan, no obstante, menos importantes para elevar la productividad y la eficiencia (Servolin 1979, 155-158).

"el fin de la producción no es la valoración de un capital y la obtención de una ganancia, sino la subsistencia del trabajador y de su familia y la reproducción de los medios de producción necesarios para asegurar dicha subsistencia" (Servolin 1979, 163). De este modo, intensificando el trabajo de sus miembros y demostrando gran facilidad en la adopción de innovaciones técnicas, ha podido la agricultura familiar adaptarse permanentemente a la creciente y variada demanda alimenticia de los centros urbanos en expansión. En palabras de P. Coulomb:

"Esa versatilidad permanente de una forma de producción diferente del modo de producción capitalista, la pequeña producción mercantil, reside en buena parte, sin duda, en la forma de apropiación de la tierra. Del carácter decisivo que puede tener para un explotador agrícola el ejercicio del derecho de propiedad de cara a su mantenimiento en activo dentro del sector, se concluye que la lucha por la obtención de ese derecho puede llevarle a aceptar un precio sin equivalencia con la productividad marginal de la hectárea de tierra que codicia. No esperando de su labor más que la posibilidad de reproducir, a través de las generaciones, las condiciones de ese trabajo (en función por supuesto de la evolución general de las condiciones de vida), los agricultores han sido inducidos hacia comportamientos que pueden ser juzgados de irracionales en comparación con el comportamiento 'racional' de un empresario capitalista (...). Es más, ellos pueden inmovilizar sumas considerables en las adquisiciones de tierras; unas sumas que, si fueran entendidas como capital, no podrían de ningún modo ser remuneradas a un interés suficiente. Ellas no son además generalmente logradas por acumulación de beneficios. Por consiguiente, la forma más frecuente de acceso a la tierra y de instalarse como agricultor es la herencia, y no la compra o el alquiler (...). Ese modo de acceso a una explotación no es, ya lo señalamos, gratuito: a los derechos de herencia se añade el pago de sus derechos a los coherederos" (Coulomb 1973, 42-43).

Recogiendo los tres aspectos esenciales señalados por Servolin (el precio de la tierra, el proceso diferente del trabajo agrícola y la lógica específica de la explotación doméstica), otros autores han insistido en que la agricultura familiar constituye, desde el punto de vista del mismo capitalismo industrial, la forma de organización de la producción más eficaz. K. Vergopoulos (1980), por ejemplo, contempla su *articulación* atendiendo especialmente al flujo de recursos que es transferido sistemáticamente del medio rural al urbano. Ese *intercambio desigual* entre el campo y la industria reduce a los pequeños productores agrícolas al estatus de proletarios que trabajan "en casa". Su capacidad de explotación y de reducción de sus propios niveles de consumo, permite garantizar el suministro de un porcentaje importante de la producción agrícola a precios inferiores de lo que exigirían los imperativos rentabilistas de las grandes unidades²⁷:

"Mi tesis central es la siguiente: la explotación familiar es la forma de producción más eficaz para poner el máximo volumen de trabajo campesino excedente a disposición del capitalismo urbano. Asimismo constituye el modo más eficiente de contener los

²⁷ En nombre de este argumento se ha querido justificar la redistribución de la propiedad de la tierra (Lipton 1974), y la persistencia de formas de tenencia como el arrendamiento o la aparcería (Sen 1966).

precios de los productos agrarios. El campesino que trabaja para sí mismo no se considera necesariamente como un capitalista o un empresario, cuyas actividades dependen de su habilidad para obtener un ratio positivo de beneficios. Por el contrario, y a pesar de ser la cabeza de su explotación, las más veces se percibe como un simple trabajador que tiene derecho a una remuneración con la cual asegurar su sustento. En el marco de la economía doméstica, además, no se presenta el problema de la renta de la tierra. Este último presupone, en teoría, la existencia de un *mercado real de rentas*. En una economía de renta de la tierra, tal como fue definida por los economistas del siglo XIX, la existencia de un 'mercado de renta del suelo' hace posible para los terratenientes recibir un ingreso específico en concordancia con la elasticidad de la oferta de terrenos. Donde hay una demanda dada de tierra (por parte de los granjeros capitalistas), el nivel de la renta estará en relación inversamente proporcional con la oferta de suelos: si la última resulta ser baja, el nivel de la renta será alto, y viceversa. Consecuentemente, el problema principal en la creación de un determinado nivel de renta es, siempre, la existencia de una *reserva de tierras*" (Vergopoulos 1978, 446)²⁸.

Para N. Mouzelis (1976), por contra, el modelo de Vergopoulos es válido para algunas formaciones sociales, pero no es aplicable ni tan sólo a todas las agriculturas europeas. No se puede afirmar tajantemente, sostiene Mouzelis, que en términos generales sea mejor o peor para la economía de mercado la existencia de una estructura agraria dominada por grandes o pequeñas explotaciones. En los países desarrollados el mayor o menor peso de la gran explotación es indiferente de cara al desarrollo del capitalismo industrial, dado el papel cada vez más subordinado, dependiente y poco relevante en términos macroeconómicos del sector primario en su conjunto (Mouzelis 1976, 488)²⁹.

²⁸ Lo que amenaza a la agricultura familiar de algunos países de Europa occidental no es según Vergopoulos la competencia de las grandes explotaciones capitalistas, sino la de otras unidades familiares ubicadas en estados más meridionales que pueden producir a más bajo coste. Esta competencia, que no cuestiona en absoluto la viabilidad de las explotaciones domésticas, únicamente evidencia que, de continuar la presión en este sentido, la agricultura europea tendrá que especializar e intensificar aún más su producción. De este modo la explotación familiar, forzada a una permanente readaptación productiva se ha convertido, a juicio del autor, en " la forma que permite la máxima reducción de los precios alimenticios y, de ese modo, el coste social de la reproducción de la fuerza de trabajo en su conjunto. Mi aseveración no traza un modelo unilineal de evolución (...); pero define los términos de una realidad teórica, dejando siempre una vía abierta a aproximaciones diferentes. Por otra parte, las investigaciones empíricas que ya han sido realizadas, a pesar de sus diferencias específicas, confirman en lo esencial la tesis de la preponderancia de las estructuras familiares en la agricultura como el complemento necesario para el desarrollo del capitalismo urbano" (Vergopoulos 1978, 458).

²⁹ Desde una perspectiva epistemológica, Mouzelis recuerda que la aproximación de Vergopoulos no se ocupa, más allá de su función dentro del modo de producción capitalista, de la emergencia, transformación y persistencia de la agricultura familiar. Este tipo de explicación, calificada por Mouzelis de "pseudo-funcionalista", no debiera sustituir nunca a un análisis serio en términos de clase: "El análisis de clase es absolutamente necesario para explicar no sólo la génesis histórica, sino también la estructura presente y el funcionamiento (...) de un sistema económico. Los intentos de establecer tendencias universales o conexiones entre varias variables

Las argumentaciones en favor de la agricultura familiar del estilo Servolin-Vergopoulos no son, en fin, más que reformulaciones de la vieja tesis de la especificidad de la economía campesina, como lo prueba el hecho de que algunos hayan llegado hasta el extremo de hablar de una "forma particular de organización de la producción" (Colino Sueiras 1985); o de "un específico modo de producción existente junto a otros en el sistema económico social capitalista y cuya importancia histórica resulta ser muy relevante en determinados espacios económicos" (Pérez Touriño 1985, 60). Semejantes conceptualizaciones ofrecen en realidad una imagen distorsionada de la agricultura familiar contemporánea, pues se le niega su carácter capitalista y se le supone rodeada de un aura de *esencialidad* que la preserva del propio capitalismo. En estas aproximaciones no suele hablarse de *subordinación*, sino de *articulación* y *resistencia* del sector a la estructura económica global³⁰. El principal error estriba en identificar capitalismo *exclusivamente* con relaciones de producción capital/trabajo asalariado, sin tener en cuenta que los mecanismos de introducción, consolidación y desarrollo del capitalismo en la esfera agrícola son complejos y diversos. Distinguir entre "explotaciones capitalistas" (las más grandes) frente a "explotaciones familiares" (y, por ende, no capitalistas) refiriéndose a formaciones sociales como las de la Europa Occidental de finales del siglo XX, parece de una miopía y una esterilidad analítica muy considerables. Compartimos por el contrario el criterio expresado por Etxezarreta de que en los planteamientos de ese tipo hay más juicio de valor anticapitalista y neorruralista que rigor científico:

"Pretender que el pequeño agricultor solamente busca una remuneración por su trabajo en su actividad económica en la agricultura nos parece que requiere o bien suponer que los campesinos de los países desarrollados viven ajenos, aislados del entorno social en el que se desenvuelven, sin ser impregnados de la ideología dominante y sus valores, o bien que son incapaces de efectuar un cálculo económico elemental y de percibir que su capital no obtiene beneficios. Nos parece un presupuesto absolutamente gratuito e ilegítimo acerca del campesinado del estado español en la actualidad, y mucho más respecto a los de Europa Occidental o Estados Unidos. No entendemos

en un vacío sin clases, sin ubicar esas variables en sus específicas e históricas estructuras socio-económicas y en sus configuraciones de clase, no conduce más que a descubrir obviedades o a alumbrar generalizaciones erróneas" (1979, 356). Mouzelis no ha cesado de criticar así el althusserianismo subyacente a las posturas de autores como Amín y Vergopoulos, althusserianismo que les conduce a ofrecer una imagen de la sociedad en la que los hombres son modelados por las estructuras del capitalismo; unas estructuras que parecen escapar a la voluntad histórica de los individuos (Mouzelis 1976, 490).

³⁰ Este enfoque, aplicado a los países periféricos, "disputa los planteamientos sobre la deseabilidad de una modernización que desintegra la economía campesina y la comunidad rural, y ve al campesinado como una fuerza anticapitalista, con potencial revolucionario y en contradicción antagónica con el 'Estado de la revolución'" (Cepal 1986, 57). En los estudios sobre los países desarrollados, presupone la existencia de una economía agrícola-familiar diferenciada a la capitalista dentro del propio capitalismo. Así, "el desarrollo del capitalismo parece detenerse, sea como fuere, en la puerta de la granja" (Mann Y Dickinson 1978, 467).

cuáles son los mecanismos que permiten inferir que los valores capitalistas impregnan toda una sociedad menos a los pequeños agricultores que permanecen 'incontaminados'" (Etxezarreta 1979, 50).

Esta forma de abordar la pervivencia de la agricultura familiar queda, además, invalidada en función de sus importantes limitaciones heurísticas. Presupone, en primer lugar, la existencia real de una especie de "economía dual", ignorando o minimizando tanto la heterogeneidad interna del sector (Yañez 1988) como las interrelaciones dinámicas entre las unidades domésticas y el modo de producción en que se desenvuelven. No constituye, en segundo lugar, un modelo válido en todos los contextos, en la medida en que en muchos casos concretos la eliminación de explotaciones familiares ha sido dramática. Tampoco puede explicar por sí misma por qué la concentración y la centralización de la producción no van más allá de los límites del trabajo familiar. Representa, por último, un caso flagrante de determinismo tecnológico que, en la mayor parte de los casos, deja de explicar por qué históricamente formas de producción diferentes (pequeñas explotaciones familiares y grandes propiedades trabajadas con asariados) han coexistido al mismo tiempo en el mismo lugar y bajo condiciones tecnológicas similares.

2.2. ¿Pervivencia o supervivencia? La agricultura familiar y el capitalismo avanzado

La clave del mantenimiento de la agricultura familiar en el seno del modo de producción capitalista radica, precisamente, en la lógica y en la naturaleza del propio capitalismo (Mann y Dickinson 1978, 471). En opinión de L. Llambí (1988), la explotación familiar capitalista (altamente especializada y tecnificada), emerge cuando surgen oportunidades para las pequeñas inversiones en actividades productivas de bajo beneficio desde la perspectiva del gran capital³¹ y cuando éste encuentra dificultades (limitaciones biológicas y/o climáticas en los procesos de producción, barreras legales o institucionales, etc). En ese contexto, las explotaciones familiares pueden ser correctamente caracterizadas como "capitalistas", a pesar de su tamaño reducido y de su empleo de fuerza de trabajo doméstica: están integradas en las estructuras de mercado; están condicionadas por la compleja incidencia de los criterios de *competitividad* y de los mecanismos de los oligopolios y del Estado; y están en principio predispuestas a maximizar los beneficios y minimizar los riesgos³².

³¹ Que esas actividades sean o no atractivas para el gran capital tiene su explicación en el patrón de desarrollo adoptado por la acumulación capitalista: concentración en las áreas más rentables de inversión y dispersión en las menos atractivas (Cf. Llambí 1988).

³² Esas explotaciones difieren sin embargo entre sí. Forman un segmento heterogéneo y heterogéneas son, también, sus estrategias económicas: "En primer lugar, tienen un acceso diferencial a los recursos naturales y financieros. En segundo lugar, poseen grados distintos de conocimiento sobre las condiciones técnicas, mercantiles y políticas que afectan a sus actividades productivas. En tercer lugar, están dotadas de modelos de valores y actitudes variados que oportunamente afectan a sus decisiones económicas. Por lo tanto, sus trayectorias y comportamientos no son siempre los mismos. Algunas fracasan y son expulsadas del mercado, otras consiguen sobrevivir temporalmente en relación de subordinación a los amplios complejos agroindustriales, y unas pocas triunfan, mientras tanto, transformándose en empresas capitalistas" (Llambí 1988 370-371).

D. Lehmann (1986) ha explicado cómo la penetración del capitalismo en las zonas donde al final del proceso se mantiene una estructura agraria fundamentada en la explotación familiar se ha podido desarrollar de dos maneras diferentes, aunque no incompatibles: por medio de la *capitalización* de las unidades campesinas preexistentes, o a través de la coexistencia conflictiva entre grandes y pequeñas explotaciones, con una *modernización* y reducción numérica de las primeras y un aumento relativo, en detrimento de aquéllas, de las últimas³³. Sea como fuere, dado que las unidades familiares resultantes son estructuras de producción capitalistas, tienden a la ampliación (vía superficie y/o intensificación). En caso de que esa ampliación no sea posible, la explotación sobrevive hasta que su titular la abandona o la utiliza como complemento a tiempo parcial. En otros contextos, naturalmente, la adopción de nuevas técnicas de intensificación permite generar explotaciones de una capacidad productiva considerable que, sin embargo, pueden volver a quedar obsoletas en pocos años. Entonces se inicia un nuevo proceso de concentración, basado esta vez no tanto "en el pequeño labrador que consigue convertirse en un pequeño empresario capitalista, sino por la proletarianización de éstos y la aparición de capital ajeno al sector que montará auténticas empresas agrarias con personal asalariado" (Etchezarreta 1979, 83). La agricultura familiar se ve abocada así, una vez dentro del modo de producción capitalista, a una permanente "huída hacia adelante". Dicho proceso constituye, sin duda, una necesidad imperiosa para garantizar su propia viabilidad dentro de la estructura económica global de la formación social a que pertenece:

"El pequeño y mediano agricultor de nuestros días necesita de una cantidad constantemente creciente de dinero para su subsistencia, para el mantenimiento de un estándar de vida comparable con el de otras capas sociales y, especialmente, para la reproducción de sus medios de producción. Los precios de sus productos, sin embargo, disminuyen. Esto fuerza a la intensificación de su producción, ya sea tanto por la vía de la diversificación como por la vía de la especialización, todo lo cual implica, a su vez, una intensificación de su trabajo y el de los miembros de su familia. Por otra parte, dado que el precio de sus productos es inferior al valor medio de producción, cada productor

³³ "Es importante señalar, apunta Lehmann, que el contraste entre las dos vías no puede ni debe ser reducido a una oposición entre unidades campesinas y explotaciones familiares capitalizadas a nivel empresarial. Es un contraste entre estructuras agrarias y sus fuerzas dinámicas internas de cambio -condicionadas en diferente medida por la política económica del conjunto de la sociedad (en la que se insertan) y del sistema mundial" (Lehmann 1986, 608). En relación a la emergencia y mantenimiento de una estructura agraria caracterizada por empresas familiares capitalizadas, Lehmann destaca dos rasgos relevantes: a) Uno de los mecanismos que resultan esenciales para facilitar la transición a ese sistema es una migración permanente que alivie la presión sobre el mercado de la tierra. b) El segundo de estos elementos se refiere al reclutamiento de la mano de obra por parte de las *empresas familiares capitalizadas*. En la transición a una estructura dominada por este tipo de unidades, el reclutamiento de fuerza de trabajo exterior se volverá gradualmente más anónimo y menos permeado por relaciones personales: en un momento dado de la transición será necesario recurrir a mano de obra asalariada de otras regiones, ya que el costo de reclutar personal local será demasiado elevado (Cf. Lehmann 1986).

tiene que buscar el aumento de su productividad por encima de la media, lo que le lleva a probar sin cesar nuevas técnicas, a desarrollar y mejorar sus medios de producción, recorriendo cada vez más a aquellos de origen industrial" (Juan 1978, 174-175).

La estructura de propiedad de la tierra, la mayor o menor extensión del regadío, la disponibilidad de fuerza de trabajo, la localización respecto al mercado, etc., son factores que condicionan el tipo de respuesta adaptativa generada por los agricultores a lo largo de ese proceso. Todo ello ha significado, sobre todo en las zonas de secano, la ruina de la pequeña explotación, ya que determinadas técnicas –incluyendo la mecanización– sólo son viables a partir de una cierta superficie. La pequeña explotación familiar, además, a menudo no es competitiva en el mercado y no permite acumular lo suficiente para reinvertir y capitalizarse. Ante esa situación de partida, las estrategias desarrolladas por el campesinado han sido variadas en función de las condiciones locales. El *abandono* y la búsqueda de empleo en otro sector ha sido una respuesta muy generalizada. A caballo entre el abandono y la permanencia se halla la *agricultura a tiempo parcial*, estrategia adoptada cuando la creciente dependencia del mercado fuerza a la familia a realizar una serie de trabajos fuera de su explotación. La *concentración de explotaciones*, a veces consecuencia del éxodo rural, se ha traducido en un incremento de la superficie media de las unidades, consecuencia directa de la necesidad de espacio para poder mecanizar y construir una empresa económicamente viable. Otra estrategia importante es la del *asociacionismo*. Una forma de resolver el problema de la dimensión reducida consiste en las llamadas *cooperativas de explotación comunitaria de la tierra*. En ellas, una serie de agricultores se agrupan para formar una explotación más grande y con medios de producción suficientes para alcanzar determinadas economías de escala. Otra fórmula posible es la de las *cooperativas de maquinaria agrícola*, que aumentan la rentabilidad de esas innovaciones en el marco de unas unidades que, por sí mismas, no harían rentable su introducción. Finalmente, cabe mencionar las *cooperativas de comercialización*, cuyo objetivo es paliar la situación de desventaja en que se encuentran las explotaciones familiares respecto a los circuitos e intermediarios comerciales.

La *intensificación* ha sido, empero, el factor clave a la hora de permitir la supervivencia de la agricultura familiar. Dada la imposibilidad de aumentar todo lo deseable la extensión de la explotación, se intentará *incrementar la dimensión sin alterar la superficie*. Dicho de otro modo: se buscará el *engrandecimiento productivo* de la unidad por medio de la especialización en producciones más especulativas y del incremento de los rendimientos por hectárea. Hay una serie de innovaciones técnicas (mejoras de fertilización, semillas, hibridación, etc.), denominadas por la literatura anglosajona "ahorradoras de superficie" (*land-saving*), que permiten incrementar la productividad a la vez que reducen los costos. Lógicamente, la agricultura familiar tenderá hacia este tipo de innovación, más que hacia aquellas que exigen superficies grandes para su aplicación. Las unidades pequeñas se sentirán así atraídas hacia una especialización que requiera una gran intensidad del factor trabajo. Si una producción determinada exige una fuerte inversión de mano de obra, difícilmente las grandes explotaciones obtendrán ventajas sobre las pequeñas, por dos razones fundamentales: porque tendrán que contratar

fuerza de trabajo asalariada, a diferencia de la explotación familiar que utilizará mayoritariamente mano de obra doméstica³⁴; y porque no se obtienen *economías de escala*, ya que el costo de producción por unidad de superficie no disminuye proporcionalmente a la dimensión de la explotación.

En la medida en que con poca superficie pueda alcanzarse una zona de altos rendimientos por hectárea más o menos constantes y que, además, no aparezcan diferencias sustanciales en los costes unitarios, tenderán a especializarse en este tipo de producciones las explotaciones pequeñas y medianas. Las grandes optarán por otras alternativas, buscando sobremanera la obtención de economías de escala donde rentabilizar sus mayores dimensiones. En las producciones totalmente mecanizadas, con un peso mínimo de la mano de obra asalariada, es donde los costos por unidad de superficie disminuyen al aumentar el tamaño de la explotación (caso del cereal). Hacia este tipo de especialización serán atraídas las unidades más grandes, puesto que es así como podrán maximizar más claramente sus ventajas sobre las pequeñas. Dado que la carga salarial es pequeña, una caída de los precios implicará un descenso coyuntural de la rentabilidad o, en el peor de los casos, un retraso en la amortización del equipamiento. Las grandes empresas tendrán superioridad en las producciones extensivas en mano de obra. Las explotaciones pequeñas, por su parte, "a través de la intensificación, consiguen un coste comparativo mejor en aquellas producciones cuyo componente principal es el trabajo intenso y cualificado" (Benelbas 1981, 185).

Las unidades familiares persistentes hoy en algunos países desarrollados (los Estados miembros de la C.E.E., por ejemplo) pueden ser contempladas, sin embargo, como *supervivientes* de un lento pero inexorable proceso de extinción. No en vano su adaptación a los requisitos cambiantes del capitalismo ha ido acompañada de la disminución constante de su número³⁵. El ejemplo paradigmático de esta tendencia lo constituye Francia, uno de los países de la Europa desarrollada donde todavía mantiene una importancia considerable la explotación familiar y en el cual, de 1882 a 1970, cerca del 75% de las unidades agrícolas desapareció (Etchezarreta 1979, 73)³⁶. La disminución del

³⁴ En estas circunstancias, una caída en los precios del producto supondrá una pérdida en efectivo para la empresa no familiar (hay que pagar los salarios a los trabajadores, además del resto de insumos). En el caso de una explotación familiar, en cambio, una caída de los precios comportará una autoremuneración menor por el trabajo realizado.

³⁵ Desde el momento en que un porcentaje cada vez mayor de la producción agrícola total es suministrado por grandes empresas, se está produciendo de forma indirecta el proceso de concentración del capital en la agricultura. Esas grandes empresas son las que influyen realmente en los precios de los productos, forzando a las demás a adaptarse a las condiciones cambiantes del mercado (Cf. Lisovskij 1979).

³⁶ Asimismo en España, la superficie agrícola labrada ha perdido, de 1962 a 1982, 1.323.601 has (casi el 7% del total censado en 1962). Este fenómeno se ha visto acompañado de una lógica reducción del número de explotaciones familiares y del consiguiente aumento de la extensión media de las unidades (16,5 has en 1962 y 19,2 has en 1982): "El incremento generalizado de los rendimientos de los distintos aprovechamientos agrarios, debido a una mayor mecanización de los cultivos, al empleo de semillas más productivas, de fertilizantes, plaguicidas, mejora de las especies pecuarias, etc., ha pivotado sobre las explotaciones marginales de pequeña dimensión y/o escasa productividad, concentrando el trabajo de los agricultores y ganaderos sobre aquellas explotaciones y aprovechamientos que les permitieran mantener o incrementar sus niveles de renta" (Ruiz-Maya y Martín Pliego 1988, 336).

número de explotaciones depende del *ritmo de desarrollo del capitalismo*. Son, de hecho, los otros sectores de la economía los que absorben la mano de obra expulsada del campo y los que, por lo tanto, ralentizan e incluso detienen el proceso en tiempos de recesión.

2.3. La perspectiva macroeconómica: El papel de la agricultura en el crecimiento económico

La agricultura familiar, pues, se ha adaptado de un modo *darwiniano* a las condiciones impuestas por la evolución de la economía de mercado y, a la vez, ha desempeñado un papel importante dentro de esa misma evolución. En las primeras fases del desarrollo capitalista, el sector agrario de Europa occidental –compuesto mayoritariamente por unidades de producción domésticas–, se ha presentado como un agente exportador neto cuya balanza comercial ha ofrecido superávits capaces de financiar parcialmente el despegue de otros sectores de la economía, fundamentalmente el de la industria. El reconocimiento por parte de los economistas de la importancia de esa aportación ha sido, paradójicamente, reciente. Todavía durante los años cincuenta el mundo académico miraba con recelo a la agricultura y contemplaba a la industria como el único elemento dinámico en el proceso de crecimiento (Metcalf 1974, 78). Se relacionó de tal manera el bienestar con la industrialización, escribe P. Dorner, "que el que insistía en la importancia del desarrollo agrícola corría el riesgo de que se le reprochasen tendencias imperialistas, como si se tratase de un intento de las potencias industriales para continuar manteniendo su dominio sobre los países agrícolas pobres" (1974, 28-29).

El modelo de B.F. Johnston y J.W. Mellor (1961) fue de los primeros en poner de manifiesto cómo el sector agrario puede contribuir de diferentes maneras al desarrollo económico. Según estos autores, una estructura agraria en expansión permite satisfacer el incremento de la demanda de alimentos propio del mismo proceso de crecimiento³⁷; ampliar las exportaciones de productos agrícolas, lo que a su vez incrementará la renta de los agricultores y el nivel de entrada de divisas (sobre todo en las primeras fases del desarrollo); transvasar mano de obra a otros sectores en creciente expansión³⁸; acu-

³⁷ En este sentido, recuerda J.J. Tinaut, conviene tener presente que "una agricultura con producción creciente podrá suministrar productos alimenticios a precios relativamente bajos, lo que implicará un descenso relativo del impacto del renglón alimenticio en las rentas de los sectores no agrícolas, dejando excedentes libres que podrán engrosar la parte de la demanda efectiva dirigida a productos de esos sectores, lo que, a su vez, mejorará las expectativas empresariales, con sus secuelas de incremento en la inversión dirigida a aquellos sectores y mejora, por tanto, en las oportunidades de empleo" (Tinaut 1979, 112).

³⁸ En una economía caracterizada por una tasa de crecimiento demográfico elevada, escasez de capital, y con una capacidad limitada de absorción de los excedentes de mano de obra, decrece la productividad marginal del trabajo -fruto de la acumulación de trabajadores en la agricultura, pudiendo llegar a cero. Para que la agricultura cumpla la función de suministradora de mano de obra, el escenario debe ser diferente: el de un sector industrial en crecimiento que promueva la pérdida de población activa por parte del primario.

mular capital y, por lo tanto, impulsar fuentes de inversión indirecta en el sector secundario; y estimular el desarrollo industrial en la medida en que se incrementan las rentas agrarias y, por consiguiente, el consumo de productos manufacturados en las explotaciones (bienes de equipo, fertilizantes,...). La preeminencia de una u otra forma de contribución al crecimiento económico depende, naturalmente, de las características propias de cada estructura agraria y del peso relativo que en ella tengan las unidades familiares y las grandes explotaciones trabajadas con mano de obra asalariada. Como muy bien matiza J.M. Naredo,

"El mayor o menor predominio de cada uno de estos (...) papeles depende de la vía por la que discurra el desarrollo capitalista de la agricultura. Si éste se lleva a cabo a partir de un sistema de pequeña producción mercantil, en el que domina el agricultor familiar propietario, resulta favorecida la función de la agricultura como mercado de productos manufacturados. Si, por el contrario, tal desarrollo se produce mediante la transformación de extensos dominios señoriales en grandes explotaciones capitalistas que –mientras se lo permitan las condiciones del mercado de trabajo– empleen asalariados eventuales, es fácil que predomine en la agricultura su función de fuente de recursos financieros. El que la función del sector agrario como mercado de productos manufacturados haya sido dominante en países con una agricultura familiar próspera como la francesa –mientras que el proceso de acumulación de capital se realizaba en gran parte fuera de ese sector– no es razón válida para generalizar en el espacio y en el tiempo este modelo de relaciones agricultura–industria" (Naredo 1986, 460).

Obsérvese que en este tipo de interpretaciones se toman como punto de partida las primeras fases del crecimiento económico, que se identifican teóricamente con una estructura productiva comúnmente denominada por los economistas como "agricultura tradicional"³⁹. Dicha expresión hace alusión a una amplísima realidad ubicada en el "proceso de transición de un modo de producción preindustrial hacia la implantación generalizada de categorías y relaciones ya propias de una economía capitalista" (García Delgado y Roldán López 1973, 258-259) y se corresponde, lógicamente, con el término *campesinado* en su acepción más clásica. Las *formas de producción tradicionales* (o campesinas) implican, así, la existencia de un porcentaje elevado de población rural, una baja (o escasa) productividad del trabajo agrícola per cápita, y una preferencia generalizada por los alimentos más económicos⁴⁰. Para T.W. Schultz (1958, 1976 y

³⁹ Véase nota n.º 16.

⁴⁰ Johnston y Kilby constatan un movimiento desde los alimentos económicos hacia los más caros pero preferidos a medida que aumenta el nivel de consumo: "Esto se debe, sobre todo, al cambio de los productos básicos, ricos en hidratos de carbono, por los alimentos más caros y suculentos, tales como la carne, los productos lácteos, el pescado, las aves, las legumbres y las frutas. Los productos animales son fuentes intrínsecamente ineficientes, y por lo tanto caras, de la energía humana, ya que sólo una fracción de las calorías primarias ingeridas por el animal se convierten en material digerible. Aun dentro de la propia categoría de alimentos básicos de hidratos de carbono hay un movimiento en contra de las raíces o tubérculos, tales como la casava o la patata dulce, y de los granos corrientes, tales como el mijo, el sorgo, y el maíz y en favor del arroz y el trigo, los cereales universalmente preferidos por los consumidores" (1980, 30).

1969), el marco de esa *agricultura tradicional* era estable. El objetivo primordial de la unidad campesina era autoabastecerse, destinando únicamente al mercado una parte de la producción con el fin de acceder a los recursos monetarios suficientes para adquirir aquellos bienes que no pudieran ser obtenidos en la explotación. "La agricultura tradicional" –escribe el Premio Nobel– "se compone de explotaciones agrarias en situación de equilibrio económico consolidado desde antiguo, logrado a través de generaciones de agricultores y que depende de condiciones críticas que han permanecido virtualmente fijas durante siglos" (1969, 31)⁴¹:

"Las condiciones críticas que sustentan este tipo de equilibrio, ya sea históricamente o en el futuro, son las siguientes: 1) el estado de las artes permanece estacionario; 2) las preferencias y los motivos para retener y adquirir fuentes de renta no varían; 3) ambas de estas condiciones permanecen constantes el tiempo suficiente para que las preferencias y motivos marginales para adquirir factores agrícolas que sean fuente de ingresos lleguen al equilibrio, considerando la productividad marginal de esas fuentes como una inversión en corrientes de renta permanentes y tendiendo a cero el ahorro neto" (Schultz 1967, 26).

Estas estructuras productivas generan, a lo largo de un período que varía según el país, un excedente de capital susceptible de ser transferido a otros sectores económicos. Ello es posible, se apunta desde esta perspectiva, por tratarse de una agricultura tecnológicamente *poco desarrollada* que produce para el mercado y que origina unos beneficios que no son reinvertidos en el sector debido al escaso nivel de innovación y a la abundante disponibilidad de mano de obra⁴². La financiación del desarrollo industrial por parte del sector primario se ha canalizado históricamente a través de una serie de mecanismos de transferencia directa e indirecta. De entre los primeros cabe destacar el mercado de capitales –los agricultores depositan sus ahorros en intermediarios

⁴¹ Esa quasi mística e inalterable *agricultura tradicional* se desenvuelve según Schultz, pues, en un estado de equilibrio que se sitúa en las antípodas de las condiciones en que se inserta la *agricultura moderna*. Esta última se encuentra "...en un estado de desequilibrio; en un desequilibrio económico en crónico movimiento. En ella, las condiciones críticas han cambiado constantemente durante los últimos decenios, de manera que los agricultores, a pesar de los ajustes realizados, parecen hallarse en un torbellino económico. No han logrado un equilibrio económico estable; por el contrario parecen huir de él" (Schultz 1969, 31).

⁴² En aquellos países en los que se ha optado por un modelo de financiación interno, el ahorro juega un papel fundamental en los procesos de crecimiento. Ahora bien, la generación de un excedente capaz de producir un volumen de ahorro importante depende de una serie de factores, a saber: a) Propensión al ahorro por parte de los propietarios y/o agricultores. A un nivel elevado de producción (nivel en función, por supuesto, de las técnicas existentes) ha de corresponder un consumo bajo (de subsistencia) por parte de los campesinos. b) El escaso desarrollo tecnológico de la agricultura le permite reponer dentro del sector la mayor parte de la energía y las materias primas que consume. c) Precario desarrollo de las industrias de transformación y distribución de productos agrícolas, que determinan la composición del excedente de productos escasamente elaborados. d) La obtención de un beneficio depende, en ese contexto, de que existan salarios bajos (cercanos al nivel de subsistencia) y precios relativamente elevados. (Cf. Regidor 1985, 61-76).

financieros que los transvasan a otras esferas de actividad económica-, y el sistema fiscal⁴³. De entre los segundos sobresale, además de los impuestos indirectos, la política de precios: dado que los pagados por los agricultores suelen ser precios de productos industriales y los percibidos agrarios, "la evolución relativa de ambos precios mide la variación del poder de compra industrial de la agricultura, que será inversa a la variación del volumen de recursos transferidos por esta vía" (Regidor 1985, 78-79).

A la larga la agricultura pasará, en un período posterior, de suministradora a demandante de capitales. Este mecanismo, poco importante en las primeras etapas del crecimiento, va adquiriendo protagonismo a medida que este último se afianza y produce desarrollos técnicos en la agricultura. El sector agrario, en consecuencia, se encuentra cada vez en una posición más subordinada, en la medida en que el capital monopolístico se apropia y controla los canales de relación con otras esferas de la economía. A la vez que la agricultura se convierte en un gran mercado de *inputs* industriales, las industrias de productos agrícolas absorben crecientes proporciones de producción agraria, determinando precios, variedades a producir e incluso procesos y técnicas de producción. En ese marco, muchas pequeñas y medianas explotaciones, seriamente amenazadas a causa de su limitada eficiencia económica, solamente aspiran a conservar su existencia como unidades de producción. No en vano, como ya insinuamos, la industrialización ha introducido a la agricultura familiar en un proceso permanente de *crisis estructural*⁴⁴.

La confluencia de esa *crisis estructural*, consubstancial por otra parte al propio desarrollo capitalista, con las consecuencias, en los años setenta y ochenta, de las *crisis energéticas*, ha conducido a que muchas explotaciones plenamente capitalizadas experimenten dificultades para generar los beneficios necesarios para su mera reproducción y a que algunos economistas comiencen a hablar de la *crisis de la agricultura moderna*. Se constata, de hecho, una doble contradicción en los resultados obtenidos en los países desarrollados por la llamada *revolución verde*. La *nueva agricultura* ha comportado, por un lado, un sobredimensionamiento del sector intolerable para las respectivas economías nacionales (sobredimensionamiento auspiciado, claro está, por una política claramente proteccionista e intervencionista). Por el otro, ha significado un

⁴³ La rigurosidad del sistema tributario, argumenta A. Bhaduri, puede ser uno de los principales elementos que obligue a los agricultores, en los albores del crecimiento económico, a involucrarse en los intercambios de mercado: "La forma predominante de esta dependencia involuntaria del mercado es el endeudamiento regular de los pequeños agricultores para satisfacer sus necesidades de consumo de subsistencia" (1987, 24).

⁴⁴ Por ello, añade Shanin, todo análisis serio del desarrollo del capitalismo debiera, al menos en teoría, tomar en consideración una variable tan importante como los mecanismos de crisis, desintegración y abandono de las unidades de producción domésticas: "Una conclusión inmediata que puede extraerse es que en cualquier análisis de la emigración no sólo deben tenerse en cuenta las características del capitalismo urbano, sino también los procesos de desintegración y cambio en las economías y sociedades rurales. Ambas están indudablemente interrelacionadas, aunque tienen características relativamente autónomas. Por tanto, un 'marco' simplista que se 'desintegra' bajo el impacto del 'capitalismo' (todo esto sin especificar) es algo totalmente inaceptable; debe existir un análisis más profundo de los hechos reales" (Shanin 1980, 18-19).

atentado permanente sobre la estabilidad de los ecosistemas agrarios tanto por el uso abusivo de elementos cuyos efectos reales se desconocen, como por el de energía procedente de materias primas no renovables. Este último aspecto, finalmente, ha traído aparejado el cuestionamiento, tras la aparición de las crisis energéticas, de la misma rentabilidad económica de esa agricultura:

"...tras ese enorme optimismo tecnológico vendrían los desencantos. A la creencia de que a la Naturaleza se le podían arrancar duros a peseta se impondría la realidad de que las ganancias en unos campos se pagaban con pérdidas en otros. Los mayores rendimientos que brindaban las técnicas y las variedades de la 'revolución verde' exigían un elevado consumo de energía y de materias primas no renovables por unidad de producto; introducían importantes desequilibrios en los ciclos ecológicos de base que contribuían a mantener la vida en el planeta, a reponer la fertilidad del suelo y el control de las plagas; entrañaban graves problemas de contaminación del aire y del agua e incluso deterioraban la calidad dietética de los alimentos. La reciente crisis energética, el creciente deterioro del medio ambiente, el empobrecimiento de los sistemas ecológicos, el agotamiento de los recursos no renovables, etc., han venido a ser el jarro de agua fría que produjo un desagradable despertar del sueño de optimismo tecnológico que habían invadido a la 'civilización occidental', poniendo en evidencia los límites del entorno en el que ésta sostenía sus experimentos científicos" (Naredo 1984, 248) ⁴⁵.

El resultado ha sido la consolidación de una serie de estructuras productivas *inestables, dependientes*, de dudosa rentabilidad (es notorio el proceso de erosión de las rentas agrarias) y que suelen ofrecer, con demasiada frecuencia, productos de una calidad cada vez inferior.

3. ALGUNAS REFLEXIONES FINALES: EL ESTATUS TEORICO DE LA AGRICULTURA FAMILIAR Y EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO

En el transcurso de los últimos cincuenta años, las ciencias sociales han conceptualizado al campesinado como una *cultura tradicional* (antropólogos funcionalistas y teóricos del "desarrollo"), como una *economía específica* (¿modo de producción?) articulada a sistemas económicos más amplios (chayanovistas), como un *segmento social subordinado* y heterogéneo (Wolf), o como un *residuo histórico* en trance de extinción (descampesinistas). En la primera parte del artículo tuvimos ocasión de señalar, más allá de las deficiencias y virtudes de cada uno de estos modelos explicativos, las limitaciones que cuestionan la viabilidad del propio concepto de *campesinado* como herramienta analíticamente válida desde una perspectiva procesual.

El término *campesinado*, al circunscribirse a una realidad pre-capitalista (o, en todo caso, no-capitalista o situada en la periferia del capitalismo) ofrece, por varias razones,

⁴⁵ Para un análisis de las raíces intelectuales de esa corriente crítica de la agricultura *moderna*, así como de sus relaciones con el ecologismo popular contemporáneo, ver Martínez Alier (1992).

una visión distorsionada de la realidad. En primer lugar, porque pretende englobar bajo una misma categoría a una enorme variedad de formas de organización de la producción agrícola, lo que ha permitido con demasiada frecuencia minimizar diferencias sustanciales y extrapolar unos modelos teóricos de lógica económica supuestamente válidos para un amplísimo período de la historia. En segundo lugar, porque ha sancionado la distinción entre una hipotética *agricultura tradicional o campesina* (no capitalizada, orientada hacia el autoconsumo y regida por una racionalidad más o menos chayanovista) y la comúnmente denominada *agricultura moderna* (capitalizada, orientada hacia el mercado y dirigida por criterios plenamente rentabilistas), como si de dos tipos radicalmente diferentes se tratara. En qué momento termina una y empieza la otra es algo que, desde esta perspectiva, nadie ha podido resolver. Conceptos como *campesinado*, *agricultura campesina*, *agricultura tradicional* o *agricultura moderna* (estos últimos más utilizados por los economistas) son, pues, esencialistas por aludir a estructuras *cualitativamente* distintas y por no tener suficientemente en consideración que todas ellas forman parte de un mismo proceso histórico: el de la introducción, afianzamiento y desarrollo del capitalismo en la esfera de la producción agraria. Tanto el *campesino tradicional* como el *empresario agrícola moderno* tienen en común, sin embargo, su carácter de *agricultores familiares*. La *agricultura familiar* como unidad de análisis aparece así como una alternativa capaz de salvar la disyuntiva teórica subyacente a los enfoques convencionales. El concepto de agricultura familiar hace referencia a una forma de organización de la producción caracterizada, fundamentalmente, por la utilización mayoritaria de fuerza de trabajo procedente del propio grupo doméstico (este último culturalmente definido) y por coincidir la unidad de producción con la unidad de consumo. Se trata de una estructura que, sin ser específica de ningún modo de producción, ha sido apropiada, absorbida y adaptada históricamente por distintos modos de producción.

En el segundo apartado hemos intentado discutir, precisamente, las hipótesis más importantes que se han formulado acerca del mantenimiento y las perspectivas de futuro de la agricultura familiar en el seno del capitalismo avanzado, tomando como punto de referencia su evolución en los países industrializados. En ese contexto, la misma lógica interna de las formaciones sociales capitalistas, reflejada en una tendencia creciente hacia la *concentración*, ha introducido a buena parte de las empresas familiares contemporáneas en una permanente crisis de rentabilidad, condenando inexorablemente al deshucio a las unidades más pequeñas y provocando el abandono estructural (a veces masivo) de activos del sector. Además de un resultado del crecimiento económico general, ese fenómeno ha sido una necesidad del propio modelo de desarrollo adoptado, en la medida en que ha desempeñado, en unas fases determinadas de la industrialización, la función insustituible de proporcionar mano de obra y alimentos con que sostener y alimentar ese mismo proceso. En consecuencia, si la agricultura familiar pervive en países como los de Europa Occidental no es, como pretenden algunos (Servolin, Vergopoulos) por su naturaleza no capitalista, sino porque ha jugado un papel importante en la evolución económica y social de los mismos –de ahí la articulación en una particular coyuntura de políticas proteccionistas– y, no lo olvidemos, gracias a toda una

amplia gama de estrategias adaptativas (intensificación, asociacionismo y concentración de explotaciones, entre otras), desarrolladas por las mismas unidades de producción domésticas.

Con todo, estrategias tan habituales y generalizadas como la integración vertical o la dedicación a tiempo parcial (eufemísticamente denominada desde algunas disciplinas como *pluriactividad*), no hacen más que perpetuar, ante la inexistencia de alternativas fuera del sector, la presencia de unas unidades escasamente rentables aún a costa de la proletarianización de sus titulares. Todas estas consideraciones, en fin, evidencian la consecuencia principal que la mal llamada *modernización* (léase absorción por parte de las relaciones de producción capitalistas) ha comportado para la actividad agropecuaria: la dependencia y supeditación absoluta de sus intereses a los de los sectores motrices del sistema económico.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ACEVES, J. (1973): *Cambio social en un pueblo de España*. Barral, Barcelona.
- AMIN, S.; VERGOPOULOS, K. (1980): *La cuestión campesina y el capitalismo*. Ed. Fontanella, Barcelona. (Orig. 1974).
- BANAJI, J. (1990): "Illusions about peasantry: Karl Kautsky and the Agrarian Question", en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 17, n.º 2, pp. 288-307.
- BANFIELD, E. (1958): *The moral basis of a backward society*. The Free Press, New York.
- BARRET, R.A. (1984): *Benabarre: La modernización de un pueblo español*. Comisión de Cultura del Ayuntamiento de Benabarre, Benabarre. (Orig. 1974).
- BARTHÉLÈMY (1977): "Valeur et Travail paysan", en *Economie Politique*, n.º 4, pp. 84-111.
- BARTRA, R. (1985): *Estructura agraria y clases sociales en México*. Instituto de Investigaciones Sociales / UNAM, México.
- BENELBAS TAPIERO, L. (1981): *Economia agrària de Catalunya. Anàlisi del canvi a l'agricultura catalana, 1960-1975*. Ketres Editora, Barcelona.
- BHADURI, A. (1987): *La estructura económica de la agricultura atrasada*. Fondo de Cultura Económica, México.
- CAVAILHES, J. (1979): "El análisis leninista de la descomposición del campesinado", en ETXEZARRETA, M. (Ed).- *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*. Ministerio de Agricultura, Madrid, pp. 325-360.
- CEPAL (Comisión Económica para la América Latina) (1986): *Economía campesina y agricultura empresarial. Tipología de productores del agro mexicano*. Siglo XXI, México.
- CHAYANOV, A.V. (1985): *La organización de la unidad económica campesina*. Nueva Visión, Buenos Aires. (Orig. 1925).
- CHAYANOV, A.V.; KERBLAY, B.; THORNER, D.; HARRISON, M. (1987): *Chayanov y la teoría de la economía campesina*. Cuadernos de Pasado y Presente, México.

- COLINO SUEIRAS, J. (1985): "Agricultura familiar y complejo agro-industrial", en *Lecturas sobre agricultura familiar*. Ministerio de Agricultura, Madrid, pp. 247-289.
- COMAS, D.; CONTRERAS, J. (1990): "El proceso de cambio social", en *Agricultura y Sociedad*, suplemento al n.º 55, pp. 5-71.
- CONTRERAS, J. (1984): "La teoría de la modernización y su concepto de cultura campesina: algunas reflexiones críticas", en SEVILLA GUZMÁN, E. (Ed).- *Sobre agricultores y campesinos. Estudios de sociología rural de España*. Ministerio de Agricultura, Madrid, pp. 111-148.
- COULOMB, P. (1973): "Propriété foncière et mode de production capitaliste", en *Etudes Rurales*, n.º 51, pp. 27-66.
- DÍAZ-POLANCO, H. (1984): *Teoría marxista de la economía campesina*. Juan Pablos Editor, México.
- DOMÍNGUEZ MARTÍN, R. (1992). "Campesinos, mercado y adaptación. Una propuesta de síntesis e interpretación desde una perspectiva interdisciplinar", en *Noticiero de Historia Agraria*, n.º 3, pp. 91-130.
- DORNER, P. (1974): *Reforma agraria y desarrollo económico*. Alianza Editorial, Madrid.
- ENNEW, J.; HIRST, P.; TRIBE, K. (1977): "'Peasantry' as an Economic Category", en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 4, n.º 4, pp. 295-322.
- ESTEVA, C. (1971): "Para una teoría de la aculturación en el Alto Aragón", en *Ethnica*, n.º 2, pp. 9-75.
- ESTEVA, C. (1978): "Componentes psicológico-cognitivos de una economía rural española", en *Ethnica*, n.º 14, pp. 53-145.
- ETXEZARRETA, M. (1979): *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*. Ministerio de Agricultura, Madrid.
- EVARD, P; HASSAN, D; VIAU, C. (1977): "Valeur, Profit, Propriété des moyens de travail: les théories de l'autonomie de la petite agriculture", en *Economie Politique*, n.º 4, pp. 8-83.
- FEDER, E. (1977-78): "Campesinistas y descampesinistas", en *Comercio Exterior*, vol. 27, n.º 12 y vol. 28, n.º 1, México.
- FEIXA, C. (1988): "Més enllà d'Àboli. Gramsci i l'antropologia italiana (II)", en *Nous Horitzons*, n.º 107, pp. 21-32.
- FLORES, H. (1977): *Proletarización del campesino de Guatemala. Estudio de la estructura agraria y del desarrollo de la economía capitalista en el sector campesino*. Ed. Piedra Santa, Guatemala.
- FOSTER, G. (1974): "La sociedad campesina y la imagen del bien limitado", en *Estudios sobre el campesinado latinoamericano*. Periferia, Buenos Aires, pp. 59-70. (Orig. 1965).
- FOSTER, G. (1980): *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*. Fondo de Cultura Económica, México. (Orig. 1962).
- FRIEDMANN, H. (1980): "Household Production and the National Economy: Concepts for the Analysis of Agrarian Formations", en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 7, núm. 2, pp. 158-184.
- GALESKI, B. (1977): *Sociología del campesinado*. Península, Barcelona.

- GARCÍA DELGADO, J.L.; ROLDÁN LÓPEZ, S. (1973): "Contribución al análisis de la crisis de la agricultura tradicional en España: los cambios decisivos de la última década", en FRAGA, M.; VELARDE, J; DEL CAMPO, S. (Eds.).- *La España de los años setenta. Moneda y Crédito*, Madrid, pp. 251-322.
- GERVAIS, M.; SERVOLIN, C.; WEIL, J. (1965): *Une France sans paysans*. Ed. Seuil, París.
- HARRISON, M. (1975): "Cayanov and the Economics of the Russian Peasantry", en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 2, n.º 4, pp. 398-418.
- HARRISON, M. (1977): "The Peasant Mode of Production in the Work of A.V. Chayanov", en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 4, n.º 4, pp. 323-336.
- HAVENS, A.E. (1984): "Transformación de la agricultura: la acumulación de capital y el Estado", en *Estudios rurales latinoamericanos*, vol. 7, n.º 2, pp. 7-27.
- HILTON, R. (1978): "El campesinado como clase", en *Estudis d'Història Agrària*, n.º 1, pp. 27-37.
- JOHNSTON, B.F.; KILBY, P. (1980): *Agricultura y transformación estructural. Políticas económicas para los países en desarrollo tardío*. Fondo de Cultura Económica, México.
- JOHNSTON, B.F.; MELLOR, J.W. (1961): "The role of agriculture in economic development", en *American Economic Review*, vol. 51, n.º 4.
- JUAN I FENOLLAR, R. (1978): "La teoría de la agroindustrialización y la estabilidad del campesinado", en *Agricultura y Sociedad*, n.º 9, pp. 165-186.
- KAUTSKY, K. (1974): *La cuestión agraria*. Laia, Barcelona. (Orig. 1899).
- KERBLAY, B. (1979): "Chayanov y la teoría del campesinado como un tipo específico de economía", en SHANIN, T. (Ed).- *Campesinos y sociedades campesinas*. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 133-143.
- KROEBER, A.L. (1948): *Anthropology*. Harcourt Braeco, Nueva York.
- LEBOSSÉ, C.J.; OUISSÉ, M. (1979): "Las políticas de integración de la agricultura artesanal en el modo de producción capitalista", en ETXEZARRETA, M. (Ed).- *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*. Ministerio de Agricultura, Madrid, pp. 197-245. (Orig. 1974).
- LEHMANN, D. (1974): *Agrarian Reform and Agrarian Reformism*. Faber and Faber, Londres.
- LEHMANN, D. (1980): "Ni Chayanov ni Lenin: Apuntes sobre la teoría de la economía campesina", en *Estudios rurales latinoamericanos*, vol. 3, n.º 1, pp. 5-23.
- LEHMANN, D. (1986): "Two Paths of Agrarian Capitalism, or a Critique of Chayanovian Marxism", en *Comparative Study of Society and History*, vol. 28, n.º 4, pp. 601-627.
- LIPTON, M. (1974): "Towards a Theory of Land Reform", en LEHMANN, D. (Ed).- *Agrarian Reform and Agrarian Reformism*. Faber and Faber, Londres, pp. 269-315
- LISOVSKII, J. (1979): "La relación agricultura-industria en el marco del desarrollo capitalista", en ETXEZARRETA, M. (Ed).- *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*. Ministerio de Agricultura, Madrid, pp. 297-323.
- LLAMBI, L. (1981): "Las unidades de producción campesina en un intento de teorización", en *Estudios rurales latinoamericanos*, vol. 4, n.º 2, pp. 125-153.

- LLAMBI, L. (1988): "Small Modern Farmers: Neither Peasants nor Fully-Fledged Capitalists?", en *Journal of Peasants Studies*, vol. 15, n.º 3, pp. 350-372.
- LLAMBI, L. (1990): "La economía política del campesinado: apuntes para una nueva agenda teórica y de investigación", en *Estudios rurales latinoamericanos*, vol. 13, n.º 3, pp. 209-241.
- LLOBERA, J.R. (1980): "¿Hacia un nuevo marxismo o una nueva antropología?", en *Hacia una historia de las ciencias sociales*. Anagrama, Barcelona, pp. 181-237.
- LUXEMBURGO R. (1978): *La acumulación de capital*. Grijalbo, Barcelona.
- MANN, S.A.; DICKINSON, J.M. (1978): "Obstacles to the Development of a Capitalist Agriculture", en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 5, n.º 4, pp. 466-481.
- MATÍNEZ ALIER, J. (1992): *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Icaria, Barcelona.
- MEILLASSOUX, C. (1978): *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*. Siglo XXI, México.
- MELLOR, J.W. (1970): "Hacia una teoría del desarrollo agrícola", en SOUTHWORTH, H.M.; JOHNSTON, B.F. (Eds.).- *Desarrollo agrícola y crecimiento económico*. UTEHA, México, pp. 23-65.
- MENDRAS, H. (1958): *Les paysans et la modernisation de l'agriculture*. C.N.R.S., París.
- MENDRAS, H. (1970): *La fin des paysans*. A. Colin, París.
- METCALF, D. (1974): *La economía de la agricultura*. Alianza Editorial, Madrid.
- MINTZ, S. (1973): "A note on the Definition of Peasantries", en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 1, n.º 1, pp. 91-107.
- MOYANO ESTRADA, E.; SEVILLA GUZMÁN, E. (1978): "Sobre los procesos de cambio en la economía campesina", en *Agricultura y Sociedad*, n.º 9, pp. 257-271.
- MORNER, M.; SVENSSON, T. (1991): *The Transformation of Rural Society in the Third World*. Routledge, Londres.
- MOUZELIS, N. (1976): "Capitalism and the Development of Agriculture", en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 3, n.º 4, pp. 483-492.
- MOUZELIS, N. (1979): "Peasant Agriculture, Productivity and the Laws of Capitalist Development. A Reply to Vergopoulos", en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 6, n.º 3, pp. 351-357.
- NAREDO, J.M. (1984): "Reflexiones con vistas a una mejora de las estadísticas agrarias", en *Agricultura y Sociedad*, n.º 29, pp. 239-253.
- NAREDO, J.M. (1986): "La agricultura española en el desarrollo económico", en GARRABOU, R.; BARCIELA, C.; JIMÉNEZ, J.I. (Eds.).- *Historia agraria de la España contemporánea (III)*. Crítica, Barcelona, pp. 455-498.
- NEWBY, H. (1986): "Cambio estructural en agricultura y futuro de la sociedad rural", en *Agricultura y Sociedad* n.º 38-39.
- PALERM, A. (1980): *Antropología y marxismo*. Nueva Imagen, México.
- PÉREZ TOURIÑO, E. (1983): *Agricultura y capitalismo. Análisis de la pequeña producción campesina*. Ministerio de Agricultura, Madrid.
- PÉREZ TOURIÑO, E. (1985): "La agricultura familiar en el pensamiento económico. La cuestión agraria", en RODRÍGUEZ, M.; SORIA, R. (Eds.).- *Lecturas sobre agricultura familiar*. Ministerio de Agricultura, Madrid, pp. 39-73.

- PÉREZ YRUELA, M.; SEVILLA GUZMÁN, E. (1985): "Agricultura familiar y campesinado: Discusión sobre su conceptualización en las sociedades desarrolladas", en RODRÍGUEZ, M.; SORIA, R. (Eds.).- *Lecturas sobre agricultura familiar*. Ministerio de Agricultura, Madrid, pp. 75-104.
- POSTEL-VINAY, G. (1979): "La renta de la tierra en el capitalismo agrícola", en ETXEZARRETA, M. (Ed.).- *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*. Ministerio de Agricultura, Madrid, pp. 247-295.
- PRIEBE, H. (1981): "La función cambiante de la agricultura 1920-1970", en CIPOLLA, C.M. (Ed.).- *Historia económica de Europa (5). El siglo XX*. Ariel, Barcelona, pp. 7-45.
- REDFIELD, R. (1950): *A village that choose progress (Chan Koom revisited)*. Chicago University Press, Chicago.
- REDFIELD, R. (1953): *The primitive world and its transformation*. Ithaca, Cornell University Press, New York.
- REDFIELD, R. (1989): *The little community and Peasant society and culture*. Chicago University Press, Chicago. (Orig. 1960).
- REGIDOR, J.G. (1985): "Agricultura y crecimiento económico: un artículo de síntesis", en *Agricultura y Sociedad*, n.º 34, pp. 61-88.
- RIVERA, R. (1982): "El papel del campesinado en la expansión del capital en el sector rural", en *Estudios rurales latinoamericanos*, vol. 5, n.º 3, pp. 253-273.
- ROGERS, E.M.; SVENNING, L. (1979): *La modernización entre los campesinos*. Fondo de Cultura Económica, México. (Orig. 1979).
- RUIZ-MAYA, L.; MARTÍN PLIEGO, J. (1988): "Las transformaciones del sector agrario español antes de la incorporación a la CEE", en *Papeles de Economía Española*, n.º 34, pp. 334-358.
- SÁNCHEZ DE PUERTA, F. (1990): "La economía de trabajo (Alexander Vasilevich Chayanov. Selección de escritos)", en *Agricultura y Sociedad*, n.º 55, pp. 239-249.
- SCHULTZ, T.W. (1958): *La organización económica de la agricultura*. Fondo de Cultura Económica, México. (Orig. 1953).
- SCHULTZ, T.W. (1967): *Modernización de la agricultura*. Aguilar, Madrid. (Orig. 1964).
- SCHULTZ, T.W. (1969): *La crisis económica de la agricultura*. Alianza Editorial, Madrid.
- SEN, A. (1966): "Peasants and Dualism with or without Surplus Labour", en *Journal of Political Economy*, n.º 74, pp. 425-450.
- SERVOLIN, C. (1979): "La absorción de la agricultura en el modo de producción capitalista", en ETXEZARRETA, M. (Ed.).- *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*. Ministerio de Agricultura, Madrid, pp. 149-195. (Orig. 1972).
- SERVOLIN, C. (1985): "Les politiques agricoles", en *Traité des Sciences Politiques*. PUF, París.
- SEVILLA GUZMÁN, E. (1983): "El campesinado: Elementos para su reconstrucción teórica en el pensamiento social", en *Agricultura y Sociedad*, n.º 27, pp. 33-79.
- SEVILLA GUZMÁN, E. (1984): *Sobre agricultores y campesinos. Estudios de sociología rural de España*. Ministerio de Agricultura, Madrid.
- SEVILLA GUZMÁN, E. (1990): "Redescubriendo a Chayanov: hacia un neopopulismo ecológico", en *Agricultura y Sociedad*, n.º 55, pp. 201-237.

- SEVILLA GUZMÁN, E.; PÉREZ YRUELA, M. (1976): "Para una definición sociológica del campesinado", en *Agricultura y Sociedad*, n.º 1, pp. 15-39.
- SEVILLA GUZMÁN, E.; SEVILLA GUZMÁN, L. (1983): "Aproximació a l'actual pensament sociològic agrari", en *Estudis d'Història Agrària*, n.º 4, pp. 37-60.
- SHANIN, T. (1976): *Naturaleza y lógica de la economía campesina*. Anagrama, Barcelona.
- SHANIN, T. (1979a): "Definiendo al campesinado: conceptualizaciones y desconceptualizaciones. Pasado y presente en un debate marxista", en *Agricultura y Sociedad*, n.º 11, pp. 9-52.
- SHANIN, T. (1979b): *Campesinos y sociedades campesinas*. Fondo de Cultura Económica, México.
- SHANIN, T. (1980): "El advenimiento de los campesinos: emigrantes que trabajan, campesinos que viajan y marxistas que escriben", en *Agricultura y Sociedad*, n.º 16, pp. 9-26.
- SHANIN, T. (1988): "El mensaje de Chayanov: aclaraciones, faltas de comprensión y la 'teoría del desarrollo' contemporánea", en *Agricultura y Sociedad*, n.º 48, pp. 141-172.
- THORNER, D. (1979): "La economía campesina como una categoría en la historia económica", en SHANIN, T. (Ed).- *Campesinos y sociedades campesinas*. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 182-196. (Orig. 1962).
- TINAUT ELORZA, J.J. (1979): "Agricultura y reforma agraria como factores de desarrollo", en *Revista española de economía*, n.º 2, año IX, pp. 107-133.
- VERGOPOULOS, K. (1978): "Capitalism and the Peasant Productivity", en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 5, n.º 4, pp. 446-465.
- VERGOPOULOS, K. (1980): "El capitalismo diforme (el caso de la agricultura en el capitalismo)", en AMIN, S; VERGOPOULOS, K. (Eds).- *La cuestión campesina y el capitalismo*. Ed. Fontanella, pp. 49-226. (Orig. 1974).
- VILAR, P. (1980): "¿Economía campesina?", en *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Crítica, Barcelona, pp. 265-311.
- WEITZ, R.; APPLEBAUM, L. (1982): *De campesino a agricultor. Una nueva estrategia de desarrollo rural*. Fondo de Cultura Económica, México. (Orig. 1971).
- WITTFOGEL, K.A. (1966): *Despotismo Oriental. Estudio comparativo del poder totalitario*. Guadarrama, Madrid.
- WOLF, E.R. (1979): *Las luchas campesinas del siglo XX*. Siglo XXI, México.
- WOLF, E.R. (1982): *Los campesinos*. Labor, Barcelona. (Orig. 1966).
- WYCZANSKI, A.; TOPOLSKI, J. (1983): "L'economia camperola abans i en la primera etapa de la industrialització. Informe general", en *Estudis d'Història Agrària*, n.º 4, pp. 7-35.
- YUÑEZ, A. (1988): "Theories of the Exploited Peasantry: A Critical Review", en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 15, n.º 2, pp. 190-217.